



## Sobre las variantes textuales de *Las fuerzas extrañas* y la intertextualidad de “Un fenómeno inexplicable”<sup>1</sup>

José María Martínez<sup>2</sup>, Jonathan Godínez<sup>3</sup>, Itzel Vargas<sup>4</sup>

**Resumen.** Este artículo comenta la olvidada importancia de las variantes textuales de varios relatos de *Las fuerzas extrañas* y reproduce para ello las versiones originales de los mismos, para cotejarlas con las versiones que posteriormente publicó Lugones en su libro. Se llega a la conclusión de que esas variantes son de una relevancia cuantitativa y cualitativa mucho mayor que la señalada hasta ahora y que iluminan tanto el proceso de elaboración del libro como el significado ulterior de este. Finalmente se sugiere la posibilidad de que “Un fenómeno inexplicable” haya tenido su origen en una fotografía de Thomas Henry Huxley, el famoso evolucionista inglés, y que por tanto haya que insistir en que la lectura de este relato y todo de todo el libro debe tener como primera referencia las creencias espiritualistas y teosóficas de Lugones.

**Palabras clave:** Leopoldo Lugones; *Las fuerzas extrañas*; “Un fenómeno inexplicable”; variantes textuales; Teosofía; Thomas Henry Huxley.

### [en] On the textual variants of *La fuerzas extrañas* and the Intertextuality of “Un fenómeno inexplicable”

**Abstract.** This essay comments on the relegated importance of the textual variations of several short stories from *Las fuerzas extrañas*, by Leopoldo Lugones. It also reproduces the original versions of those stories to collate them with the ones in the final version of the book. The conclusion is reached that those variations are of a quantitative and qualitative importance greater than what is ordinarily assumed, and that they illuminate both the preparation of the book and its ultimate meaning. Finally, we also suggest that “Un fenómeno inexplicable” may have had its origin in a picture of Thomas Henry Huxley, the reputed English scientist, and that, consequently, the story and the book may need to be read according to the spiritualistic and theosophical beliefs of Lugones.

**Keywords:** Leopoldo Lugones; *Las fuerzas extrañas*; “Un fenómeno inexplicable”; textual variations; theosophy; Thomas Henry Huxley.

<sup>1</sup> Esta investigación se ha llevado a cabo gracias a una beca del programa Engaged Scholar Award y a otra de la Oficina of Global Engagement, ambas de la de la Universidad de Texas-Rio Grande Valley. A sus gestores, y en especial a Christina Chávez y a Dennis Hart, queremos expresar aquí nuestra más sincera gratitud

<sup>2</sup> Universidad Rey Juan Carlos, Madrid, España.  
E-mail: [jmmartinez.300@gmail.com](mailto:jmmartinez.300@gmail.com)

<sup>3</sup> University of Pittsburgh, EE.UU.  
E-mail: [jog98@pitt.edu](mailto:jog98@pitt.edu)

<sup>4</sup> University of Texas-Rio Grande Valley, EE.UU.

**Cómo citar:** Martínez, J.M., Godínez, J. y Vargas, I. (2019) Sobre las variantes textuales de *Las fuerzas extrañas* y la intertextualidad de “Un fenómeno inexplicable”, en *Anales de Literatura Hispanoamericana* 48, 143-203.

Una de las carencias más relevantes en la bibliografía de *Las fuerzas extrañas* (en adelante *LFE*) es la referida a las variantes de sus textos. En cierta manera, se trata de una ausencia comprensible pues todavía siguen sin localizarse las versiones originales de varios de sus relatos y también porque el hecho de que Lugones fuera quien revisase las dos primeras ediciones (1906 y 1926) y que las modificaciones de la segunda tuvieran una mínima importancia, estarían confirmando el carácter definitivo del texto de 1906, dejando así a este excusado de ulteriores investigaciones. Pero, al mismo tiempo, es claro que el haber obviado la historia y el alcance de las versiones periodísticas previas ha impedido alcanzar una más profunda interpretación del volumen y también la elaboración de un comentario más amplio sobre la evolución y ambiciones narrativas y estilísticas del autor.

Quienes se han referido a esta cuestión lo han hecho bien de un modo general o bien en función de algún relato concreto, y casi siempre bajo una exégesis más informativa que interpretativa. En cualquier caso, lo que sí cabe adivinar en todas esas referencias es que la magnitud cuantitativa de las variantes implica también una paralela relevancia cualitativa, es decir, unas consecuencias serias a la hora de interpretar cada cuento o el proceso de elaboración de todo el libro. Así el hijo del autor, en su edición facsimilar de los primeros escritos de su padre, comentaba que esas variantes se daban en un número relativamente amplio de relatos, pues la existencia de correcciones era obvia, por ejemplo, en “Un fenómeno inexplicable”, “El milagro de san Wilfrido” o “Viola Acherontia”. Aunque no aludía a las variantes de “El psychon” (numerosas y llamativas) o de “La estatua de sal” (menos cuantiosas), añadía también la interesante observación de que un buen número de las correcciones de los textos originales de su antología eran “de puño y letra de Lugones [padre]: algunas de ellas realizadas apenas publicado el artículo” (178, n 5).<sup>5</sup> Esta última anotación de Lugones hijo es igualmente interesante, por mostrar la relectura que Lugones hizo de su propia obra y sus propias estrategias editoriales. Lo que no siempre está tan claro es que esos cambios correspondan al momento inmediatamente posterior a la aparición del texto en la prensa, pues en algunos relatos que nos ocupan esas alteraciones corresponden de manera muy cercana con las versiones aparecidas en la edición de 1906, por lo que cabe pensar que son correcciones llevadas a cabo precisamente al preparar la versión del libro o que, por lo menos, son las que se han tomado como base para esa reimpresión.<sup>6</sup>

<sup>5</sup> Como se verá al contrastar las palabras de Lugones hijo con el listado de variantes ofrecido en el anexo del artículo, estas no hacen justicia a la importancia de los cambios. Nosotros creemos que sus comentarios se quedan cortos, por ejemplo, en su valoración de las alteraciones de “Viola acherontia” o en su omisión de las referidas a “El psychon”. Citamos a continuación sus comentarios: “‘La licantropía’ forma parte de *Las fuerzas extrañas*, pero bajo el título de ‘Un fenómeno inexplicable’. El texto primitivo sufrió ligeras variantes de forma”; “En 1906 salen a la luz *Las fuerzas extrañas*, y esta narración [‘El milagro de san Wilfrido’] se incorpora a ella con las variantes consiguientes”; “Con variantes, este cuento [‘Viola acherontia’] pasó más adelante a formar parte de *Las fuerzas extrañas*. Las correcciones son más de forma que de fondo”; Lugones (hijo), 179, nn. 24, 30, 32, 34, 37). En las páginas que siguen los títulos de los cuentos se transcriben indistintamente completos o mediante la primera o las primeras palabras del mismo.

<sup>6</sup> Es lo que creemos que muestra, por ejemplo, el cotejo de las dos primeras versiones de “El milagro de san Wilfrido”. De todos modos, tampoco las opiniones de Lugones (hijo) deben descartarse automáticamente,

Quien hasta ahora ha comentado este asunto de forma más extensa ha sido Pedro Luis Barcia, en su edición de *LFE* (Lugones 1981, 19-36). Su comentario se fijaba sobre todo en el afán de Lugones por la simplificación estilística a través de la supresión de adjetivos superfluos (“El milagro”, “La estatua”), en la alteración argumental de los finales de las anécdotas (“El psychon”, “Viola acherontia”), en los cambios de algunos paratextos (“Viola acherontia”, “Un fenómeno imposible”, “El escuerzo”) o en las correcciones de algunas incoherencias internas de las anécdotas (“El milagro”).<sup>7</sup> A pesar de su importante llamada de atención y seguramente por razones de espacio, sus análisis no se presentaban de forma sistemática, pues iban intercalados en el comentario general de los cuentos, y tampoco ofrecían un panorama ordenado y comprensivo de las correcciones; por ello, tampoco resultaban una herramienta ideal para deducir la genética textual de los relatos.

Varios años más tarde Carmen Ruiz Barrionuevo, siguiendo las noticias de Barcia, aludía también a las variantes de los relatos, principalmente de “La estatua de sal” y de “El milagro de san Wilfrido”. En este caso se correlacionaban los cambios textuales con las inquietudes estilísticas del autor, pues así considerados serían manifestaciones de su búsqueda de la “eficacia en su estilo en el relato breve”, una búsqueda que se habría concretado en la supresión de “adjetivos en aras de una mayor economía del lenguaje” o, en el caso de “El milagro”, en los cambios en la descripción inicial del héroe de la historia (175). De todos modos, como en el caso de Barcia, tampoco se llegaba a dar idea de cómo ese problema afectaba, también de forma más extensa, a una gran parte de los relatos del libro. Algo parecido puede afirmarse de las recientes observaciones de Quereillac (223), que se concentra en “Un fenómeno inexplicable” por ser uno de los textos más apropiados para comentar las opiniones teosóficas de Lugones. Quereillac propone que varias de las alteraciones textuales -principalmente el cambio del título y la eliminación de vocablos especializados- se explicarían por el deseo de hacer más comercial y accesible un relato que en su versión original habría estado dirigido principalmente a una audiencia familiarizada con el ocultismo (223). De todas formas, y quizá no deja de ser una interesante coincidencia con nuestra propuesta, la parte más útil de sus observaciones es la mención al contenido irónico del cuento. Como sugerimos más adelante, si la fuente principal de este relato es una conocida fotografía del científico inglés Thomas Huxley (1825-1895), el significado irónico del final del mismo casi podría darse por confirmado.

Como puede verse, la limitación de estos trabajos no consiste en una identificación errónea de esas variantes, la cual es una coincidencia que, por otra parte, no hace sino confirmar la importancia de esas alteraciones. Su más obvia

---

pues otros relatos como “Abuela Julieta” (publicado en *Lunario sentimental* en 1909) presenta un muy amplio número de correcciones que unas veces coinciden con las anotaciones manuscritas en la edición facsimilar y otras veces no (ver al respecto imágenes 1 y 2 [“El milagro de san Wilfrido”] y 3 y 4 [“Abuela Julieta”]).

<sup>7</sup> Como dato de relativa importancia para el tema de este artículo, hay que añadir que al referirse a “El psychon”, Barcia menciona algunas frases (Lugones 1981, 23) que nosotros no hemos localizado en la edición preparada por el hijo de Lugones; puede tratarse de un simple error de transcripción o de la existencia de una versión diferente a la recogida por Lugones (hijo). (Hay que recordar al respecto que esta edición facsimilar está conformada por fotocopias de los textos de Lugones (padre), y que, en el caso de “El psychon”, esas copias parecían colocadas con algún hueco en blanco entre ellas; sin embargo, en esa disposición tampoco da la impresión de que haya ausencia alguna de frases o párrafos; ver imagen 5).

carencia es que al final, por una razón o por otra, sus análisis acaban dando la impresión de que la magnitud cuantitativa de esas variantes no tiene consecuencias mayores para la valoración de cada uno de los relatos o para el conjunto del libro.<sup>8</sup> Igualmente grave nos parece otra de las consecuencias de esos enfoques, como es la ausencia de la contextualización del proceso de modificaciones textuales dentro en la historia externa del libro y que obviamente resulta un dato clave a la hora de entender los particulares de la génesis y el significado de *LFE*. En efecto, y de acuerdo a los datos con que se cuenta hasta ahora y según su aparición previa en la prensa porteña, los textos de *LFE* podrían dividirse en dos grupos:<sup>9</sup>

El primer grupo sería el de los cuentos cuya versión original es conocida y que, por orden cronológico, serían los siguientes:

‘El milagro de san Wilfrido’ (*El Tiempo*, 15 de abril de 1897)

‘El escuerzo’ (*El Tiempo*, 10 de diciembre de 1897, con el título ‘Los animales malditos’)

‘La metamúsica’ (*Tribuna*, 29 de junio de 1898, con el título de ‘La Meta Música’)

‘El psychon’ (*Tribuna*, 31 de enero de 1898 y también 30 de agosto de 1898)

‘Un fenómeno inexplicable’ (*Philadelphia*, 7 de septiembre de 1898, con el título ‘Lycanthropía’)

‘La estatua de sal’ (*Tribuna*, 17 de mayo de 1898)

‘Viola Acherontia’ (*Tribuna*, 31 de enero de 1898 o 1899, con el título ‘Acherontia Athropos’)

‘La fuerza Omega’ (*El Diario*, 1 de enero de 1906)<sup>10</sup>

El segundo grupo lo constituirían aquellos relatos cuya publicación en la prensa periódica es inexistente o, por ahora, desconocida. Los textos de este grupo serían los siguientes:

‘Yzur’

‘El origen del diluvio’

<sup>8</sup> Algo semejante podría decirse de los trabajos de García Ramos (Lugones 1996) y de Lermon, pues bien se refieren a la existencia de las variantes en términos muy generales, o recogen solo las existentes entre las dos ediciones impresas que, en comparación con las comentadas aquí, son realmente de una trascendencia secundaria. En un momento Lermon afirma que “entre las dos ediciones existen variantes apreciables en el texto” (50), pero por la ubicación de sus palabras no queda claro si se refiere a todo el libro o a “La lluvia de fuego”; en cualquier caso a nosotros no nos han parecido, en absoluto, tan relevantes como las que se dan entre las versiones periodísticas y las de los libros.

<sup>9</sup> Otra de las líneas de investigación para entender la génesis de *LFE* sería contextualizar sus relatos en el conjunto de los publicados por Lugones en esas mismas fechas pero no seleccionados para *LFE*. La bibliografía al respecto (Lugones [hijo], Ciruti, Berg, Fletcher) muestra un total aproximado de unos sesenta cuentos, que incluyen una temática y una estilística relativamente variada. En este sentido, llama la atención que narraciones como “El espejo negro” o “Kábala práctica”, de contenidos y factura muy parecida a otros como “El psychon” o “El origen del diluvio” no hayan pasado a formar parte del libro de 1906.

<sup>10</sup> Ya redactada la versión final de este artículo y gracias a la asistencia de una de mis alumnas, Lucía Gilardoni, ha llegado a mi conocimiento la versión periodística de “La fuerza Omega”, que no apareció en enero de 1906, como habitualmente se afirmaba, sino en diciembre de 1905, en el número especial de Navidad de ese año del periódico *El Diario*. Por conveniencias obvias, el estudio de dicha versión queda pendiente para un próximo trabajo que, en cualquier caso, no parece que vaya a invalidar ninguna de las hipótesis aquí propuestas.

‘Los caballos de Abdera’  
 ‘La lluvia de fuego’  
 ‘Ensayo de una cosmogonía en diez lecciones’

Esta división plantea la posibilidad (y la ventaja) de proponer que el segundo grupo de cuentos no haya sido publicado previamente en la prensa y haya sido pensado para el libro y compuesto en fechas próximas a su edición, seguramente en los primeros meses de 1906.<sup>11</sup> Obviamente un cotejo de las variantes de este grupo con las del grupo anterior, por ahora imposible, podría ayudar a ver si las variantes del primer grupo se hicieron en función de los textos del segundo y, por lo tanto, buscando una voluntaria y muy específica unidad estilística entre todos ellos. Sería esta una forma de zanjar esta cuestión y de aceptar que, evidentemente, *LFE* es un volumen unificado no solo por razones ideológicas o estilísticas sino, también por un voluntario y muy preciso proceso de edición textual.

En cuanto a las consecuencias deducibles del cotejo de las variantes, lo que interesa ahora no es tanto confirmar o ampliar lo que ya han constatado Barcia, Ruiz Barrionuevo o Quereillac (todo ello aparece explicitado en los textos del apéndice) sino añadir algunos comentarios que pueden matizar sus opiniones u ofrecer interpretaciones alternativas. Nuestro principal objetivo no es por tanto presentar el listado del apéndice con las variantes de los cuentos sino señalar algunos de los datos que pueden proporcionar una nueva lectura de los relatos.

En primer lugar, es obvio que los cambios más elocuentes no son las variantes entre la edición de 1906 y la de 1926, sino las existentes entre la versión periodística de cada relato y la versión de 1906. Como dejan claro las transcripciones, las variantes del primer grupo incluyen tanto cambios léxicos de palabras, frases o paratextos, la eliminación de párrafos completos o la sustitución de los eliminados por otros completamente nuevos. Por el contrario, las modificaciones de 1926 se reducen básicamente a algunas correcciones de léismos, a la sustitución de las formas verbales proclíticas de 1906 por formas enclíticas, la corrección de algunos errores léxicos o gramaticales de la de 1906 o la sustitución de algunos -pocos- vocablos menos especializados o precisos (“sinople” por “verde”, etc.). Desde este punto de vista, y sin minusvalorar la edición de 1926, puede decirse que ambas ediciones impresas son realmente la misma edición y que por eso, en su esencia, Lugones consideraba el libro de 1906 como algo ya cerrado y sin necesidad de alteraciones de importancia. Así, y a la hora de identificar la concepción final o el significado del libro la advertencia incorporada al volumen de 1926 sería algo relativamente secundario, pues esa advertencia tendría que ver más con el tono de novedad o asombro que Lugones dio a los cuentos cientifistas en 1906, un tono que, veinte años más tarde podría sonar ya a desfasado o

<sup>11</sup> La bibliografía en este sentido parece estar agotada, pues ni el propio hijo de Lugones, ni investigaciones como la de Barcia ni otras específicamente bibliográficas (Ciruti, Fletcher, etc.) han podido localizar noticias acerca de la publicación independiente de los textos del segundo grupo. Nuestras inquisiciones al respecto tampoco han dado ningún resultado positivo.

En cuanto a la fecha de la primera edición de *LFE* y como quizá se recuerde, en su reproducción del 7 de abril de 1906 en *Caras y Caretas* (núm 392, s.p.), “El milagro de san Wilfrido” se acompañaba de una nota indicando que el relato procedía “Del libro *Las fuerzas extrañas*”. Igualmente, el primer relato del volumen, de título casi epónimo a este, fue publicado en diciembre de 1895, por lo que es también fácil suponer que la aparición del libro tuvo lugar en fechas muy cercanas.

pretencioso.<sup>12</sup> Al mismo tiempo, esa observación puede iluminar las intenciones de Lugones para su libro de 1906, principalmente en lo referido a su militancia teosófica, pero tampoco parece que dañe en absoluto la coherencia literaria de las ficciones del volumen, que solo necesitan esa consistencia narrativa interna para subsistir.

Pasando ya a las variantes de algunos textos concretos y considerando las dos ediciones del libro (1906 y 1926) como una sola, en “El milagro de san Wilfrido”, y aparte de las eruditas digresiones heráldicas del autor, lo más interesante podría ser la insistencia en el simbolismo y en los colores blanco del emblema y del fondo verde del escudo del protagonista. Aunque el asociar el verde con su tradicional valor de la esperanza puede resultar a la vez útil y arriesgado, asociar el color blanco del lirio a tópicos como la pureza y la resurrección parece mucho más seguro y ventajoso para entender la organización del libro. En efecto, como hemos tratado de mostrar en otro trabajo<sup>13</sup>, la concepción del índice de *LFE* responde probablemente al principio de la analogía universal que Lugones habría asumido para los contenidos y la organización del volumen. Según ese principio, el universo y todas las manifestaciones artísticas incluidas estarían organizados por una serie de correspondencias entre los macrocosmos y los microcosmos, y en el índice de *LFE* se habría organizado de acuerdo al conocido principio hermético de que “Lo que está arriba es como lo que está abajo”, un principio que el propio Lugones había suscrito en un ensayo estético-teosófico de 1901.<sup>14</sup> Seguir ese criterio a la hora de organizar los relatos de *LFE* habría resultado en un esquema concéntrico de correspondencias en el que, por ejemplo, el primer relato y el último relato de la primera sección del libro (“La fuerza Omega” y “El psychon”) formarían una pareja asociada por su pertenencia al subgénero de la fantaciencia; de la misma manera el segundo y el undécimo (“La lluvia de fuego” y “La estatua de sal”) lo estarían por su procedencia bíblica, y así sucesivamente. En cuanto a “El milagro de san Wilfrido”, el cuarto de la serie, formaría pareja con “Viola acherontia”, el noveno de la serie, y ambos estarían vinculados precisamente por la relación de contraste entre los símbolos o componentes florales de sus anécdotas. En “El milagro”, el lirio blanco de la resurrección se vincularía con la castidad, la resurrección y la victoria final del protagonista, y la violeta negra y las mandrágoras de “Viola acherontia” remitirían obviamente a la muerte y la magia negra de la anécdota de este relato. El hecho de que Lugones cambiara el final de “Viola acherontia” e hiciese de ella algo más trágico y lúgubre parece apuntar en la misma dirección.

A propósito ahora de “Viola acherontia” se han comentado sobre todo el cambio del título, la eliminación de la epígrafe y la modificación del final. Barcia, además,

<sup>12</sup> Como se recordará la advertencia decía: “Algunas ocurrencias de este libro, editado veinte años ha, aunque varios de sus capítulos corresponden a una época más atrasada todavía, son corrientes ahora en el campo de la ciencia. Pido, pues, a la bondad del lector la consideración de dicha circunstancia, desventajosa para el interés de las mencionadas narraciones” (1996, 95).

<sup>13</sup> Ver J.M. Martínez: “La arquitectura de *Las fuerzas extrañas*, de Leopoldo Lugones: analogía universal y taxonomías de lo fantástico”.

<sup>14</sup> El ensayo llevaba el título de “Nuestras ideas estéticas”, y apareció por primera vez en la revista *Philadelphia* de Buenos Aires. Un año después apareció en *Sophia*, la revista teosófica de Madrid, que es la referencia que seguimos aquí. El artículo aparecía firmado por ‘Leopoldo Lugones / M.S.T’ (miembro de la sociedad teosófica).

indica que el final de la edición impresa le parece de más calidad que la de la versión periodística. En cuanto a los títulos, más bien parecen sinónimos, aunque también es cierto que el de 1906 y 1926 puede considerarse más preciso y acorde a la narrativa del relato, por contener en el paratexto el nombre de la flor y el de su propiedad principal, y haber superado la redundancia quizá innecesaria del título original, que contenía una alusión doble a la muerte (*acherontia atropos*) y podía remitir más al insecto que lleva este nombre que a la flor que protagoniza los experimentos. Al mismo tiempo, la eliminación del epígrafe no parece ser una decisión clave pero también es cierto que este paratexto y su texto de procedencia (“Le Merchand de Tulipes”, de *Gaspard de la Nuit*) contiene unas alusiones al mundo vegetal y al mundo simbólico y analógico de la teosofía que hubiera merecido la pena conservar para ayudar a la interpretación del cuento.<sup>15</sup> En efecto, esta cita va precedida en su texto original francés de otra referida a la ausencia de perfume en los tulipanes, es decir a su completa maleabilidad en este sentido, en cuanto pueden estar abiertos a manipulaciones como las que lleva a cabo el científico del cuento. Por lo que se refiere al contenido simbolista, ésta claro que el epígrafe remite bien a la aproximación analógica de Lugones, en el sentido de que el tulipán -como el lirio de “El milagro”-, evoca en el texto de Bertrand casi inmediatamente un mundo superior, macrocósmico, como puede ser el mundo del pecado y de la muerte, frente al del perdón y la resurrección contenido en el lirio blanco y en emblema de san Wilfrido.

Pero seguramente la modificación más obvia e importante en “Viola” es la referida al final de la anécdota. Al respecto Barcia asegura preferir la versión de 1906 por contener la humanización de una planta y su asociación al crimen del infanticidio, que serían dramáticamente más intensos que el lírico final de la versión periodística. Aunque en eso Barcia puede tener razón, también por el hecho de que es un final más acorde a la intensidad de los finales de los demás cuentos científicos del libro, a nuestro juicio el primer final resulta literariamente más elaborado y original, por descansar sobre una situación sin solución posible, en una especie de callejón sin salida para el protagonista. El hecho de que sea precisamente la alegría por su descubrimiento lo que impide al protagonista derramar las lágrimas que funcionarían como el agente revelador de la imagen de la calavera, acaba creando un desenlace único y emocionalmente intenso, en el que el enigma tiene una solución conocida pero, al mismo tiempo, inviable. Y el hecho también de que en la versión de 1906 Lugones recurra al final a la mandrágora y a la hechicería parece en realidad un voluntario desfase con respecto a los otros cuentos científicos, mucho más explicados desde parámetros lógicos y protagonizados también por sabios que son más víctimas de sus propios experimentos que posibles delincuentes.

En cuanto a “El psychon”, cabe destacar la supresión de algún momento de diálogo realmente innecesario para el desarrollo de la anécdota y, como en “Viola”, la modificación sustancial del final. En la versión de 1898 el experimento

<sup>15</sup> Nos referimos aquí al epígrafe del poema en prosa en el original de Bertrand y al verso que Lugones usa como epígrafe de “Viola”: “La tulipe est parmi les fleurs ce que le paon est parmi les oiseaux. L’une est sans parfum, l’autre est sans voix; l’une s’enorgueillit de sa robe, l’autre de sa queue.”, y “Une tulipe! s’écria le vieillard courroucé, une tulipe! ce symbole de l’orgueil et de la luxure qui ont engendré dans la malheureuse cité de Wittemberg la détestable hérésie de Luther et de Mélanchton!” (Bertrand, 37-38).

concluye, también como en la versión periodística de “Viola”, con el fallecimiento del científico, en este caso tras haber aspirado el vapor de la muerte. Por el contrario, en la versión de 1896, el final es el de la locura del protagonista, paralelo en parte al científico de “Viola”. No parece fácil de identificar las razones concretas que pudieron llevar a Lugones a realizar dicha alteración, pero sí conviene recordar que es a partir de esas fechas cuando el autor empieza a frecuentar anécdotas en sus cuentos con protagonistas locos, como Clinio Malabar, el loco de “El origen de la circunferencia” (una pequeña obra maestra de la literatura fantástica), o los de “El Definitivo” y “El hombre muerto”, todos ellos de 1907. En este sentido el proceso de elaboración de “El psychon” podía considerarse una muestra de los gustos temáticos de Lugones, pues en cierto sentido sería su último cuento cientifista -Lugones no escribiría ninguno más de este tipo- y, con los datos que tenemos hasta ahora, el primero de los dedicados al mundo de la locura.<sup>16</sup>

Finalmente debe llamarse la atención sobre las modificaciones de “Un fenómeno inexplicable”, pues a pesar de no afectar al final no dejan de tener un interés semejante. Además el final del cuento presenta una pequeña variación léxica que puede correlacionarse con la fuente intertextual que proponemos aquí, y con el contenido satírico o burlesco con que se ha valorado este cuento, junto a otros del libro.

Al repasar las variantes del relato, lo más obvio puede ser lo referido al cambio del título (“Lycanthropía” por “Un fenómeno imposible”) y a las descripciones del alojamiento y de la fisonomía del interlocutor del narrador protagonista. Está claro que lo referido al título y a otros particulares se explica, como ya ha señalado Quereillac, por la diferente audiencia de cada publicación, especializada en teosofías y ocultismos la de la primera versión, y más general y lega la de la segunda. A pesar de todo, creemos que conviene llamar la atención sobre la supresión de los párrafos referidos a la metoposcopia o fisiognomía del inglés, pues aunque no estrictamente necesarios para entender el desenlace del relato, sí desempeñaban una importante función narratológica. En concreto, servirían para insistir en la fisonomía exacta del rostro del huésped del narrador y, por tanto, para confirmar que la aparición de la silueta final del simio era una clara e inexplicable ruptura de una ley natural, es decir, una de las notas claves para adscribir este la etiqueta de lo fantástico puro.<sup>17</sup>

<sup>16</sup> Efectivamente, los cuentos de fechas anteriores recogidos en *Primeras Letras* [Lugones (hijo), en adelante *PL*] no incluyen ningún otro cuento con este tipo de argumentos y este tipo de finales, pero sí otros más semejantes a la primera versión de “El psychon”. A propósito de “El psychon”, podría añadirse que de la misma manera que Lugones tomó de la *Doctrina Secreta* de Blavatsky la referencia de un experimento real para la anécdota de “La fuerza Omega”, también podría haberlo hecho para “El psychon” (ver Blavatsky, I, 554-566 y II, 136). Aunque las similitudes no son tan obvias en “El pshychon”, sí lo es una de las ideas científicas de fondo, en este caso la confusión de los estados líquidos y gaseosos en los experimentos de Thomas Andrews (1813-1885), científico irlandés que trabajó sobre todo en la licuefacción de los gases. Entre otros hallazgos, Andrews estableció los conceptos de temperatura crítica y presión crítica (ambos usados por Lugones en su cuento) y mostró también que una substancia puede pasar del estado líquido al estado gaseoso sin solución de continuidad. (Para datos adicionales sobre otros científicos y experimentos semejantes, ver también Lugones 1996, 219-231).

<sup>17</sup> Tomamos este término de la nomenclatura de Todorov (24-57), que, a pesar de sus limitaciones, nos sigue pareciendo apropiada para diferenciarlo de lo extraño o lo maravilloso, subgéneros en los que no encajaría este relato de Lugones.

En cuanto a las frases finales (“El mono!. El animal terrible!” -1898- o “¡El mono!. ¡La cosa maldita!” -1906-) y más allá del simple desahogo final del narrador, estas pueden contextualizarse también en la polémica evolucionista en la que Lugones se vio también inmerso y que, alineado con la teosofía, miró con ojos críticos. No hace falta recordar que, en esta polémica, los simios acabaron convirtiéndose en una general y disputadísima manzana de la discordia. El antievolucionismo de Lugones se ha señalado sobre todo a propósito de “Yzur”, otro de los cuentos de *LFE* (Corvalán), pero no tanto para “Un fenómeno”, que se ha comentado sobre todo en sus contenidos fantásticos estructuralistas (Castro), poscolonialistas o deconstruccionistas (Dabove, Rodríguez) o burlescos (Dabove, Quereillac). Nuestra interpretación combina algo de estas tres lecturas y puede sintetizarse recurriendo a una fotografía de Thomas Henry Huxley, un conocido y beligerante darwinista inglés (1825-1895) mencionado frecuentemente en la también beligerante *Doctrina Secreta*, el tratado de Helena Blavatsky que sirvió a Lugones como intertexto clave para elaborar *LFE*.<sup>18</sup> Adelantamos que no hemos encontrado ninguna documentación que asegure que este sea el origen del cuento de Lugones, pero al mismo tiempo la coincidencia del grabado con las frases finales del relato y el contexto en que aparecen las menciones a Huxley en la *Doctrina Secreta* parecen, al menos, meritorias de una hipótesis.<sup>19</sup> Por otro lado, quizá convenga recordar que Huxley fue “the most prominent scientific man of his day” (Ward 177) y que gran parte de su fama tanto en Europa como en América procedía también a su popularidad divulgador científico y de sus polémicas con las cosmovisiones más espiritualistas. En este sentido uno de sus escritos más famosos lleva el título de *Science and Christian Tradition* (1894), y es claro que debe leerse en el mismo contexto de pugna entre positivismo y espiritualismo al que pertenecen tanto la *Doctrina Secreta* como *LFE*. Como quizá se recuerde, también fue en ese libro donde Huxley acuñó el concepto de agnosticismo (Shafer 138-39), un concepto que precisamente es el opuesto del defendido por Blavatsky y la teosofía, que aceptan la realidad de una verdad final firme y accesible y existente en el sincretismo de la filosofía, la religión y la ciencia.<sup>20</sup>

La fotografía a la que nos referimos (imagen 9) no parece tener una procedencia clara, pero está datada hacia 1861, alrededor de las fechas del desempeño de Huxley como Presidente de la Asociación Británica para el Avance de la Ciencia.<sup>21</sup>

<sup>18</sup> Sobre esta profunda intertextualidad de *LFE* con la *Doctrina Secreta* nos hemos extendido ya en Martínez... cit. (en prensa). En el índice de la obra de Blavatsky el nombre de Huxley aparece mencionado unas treinta veces (III, pp. 157), y en el texto principal se le valora positiva o negativamente según su coincidencia o desacuerdo con los postulados teosóficos. Igualmente, se da la coincidencia de que un retrato suyo, diferente al que aquí proponemos como intertexto del cuento, es uno de los pocos retratos de científicos seleccionados para ilustrar la edición de la *Doctrina Secreta* manejada en esta investigación (imagen 6; *Doctrina Secreta*, I, 133).

<sup>19</sup> En cuanto a la presencia de Huxley en la *Doctrina Secreta*, lo más notable es quizá el frecuente empleo de citas de su obra *Man's Place in Nature* (1863), una de sus obras principales y más conocidas y profusamente ilustrada con grabados -algunos bastante populares- de simios de cuerpo entero (imagen 7) y también de diferentes tipos de cráneos (imagen 8). Igualmente profusos en ilustraciones de cráneos (humanos y animales) son los trabajos de Huxley recogidos en *Lectures and Lay Sermons* (Londres: Dent and Sons, 1910).

<sup>20</sup> Debe recordarse que el lema de los teósofos es “There is no Religion higher than Truth”, es decir, la confirmación de la existencia de una verdad total, y que la *Doctrina Secreta* llevaba como subtítulo: “The Synthesis of Science, Religion, and Philosophy” (Blavatsky, I, iii).

<sup>21</sup> En cuanto a la fotografía de Huxley propuesta como intertexto del cuento, el original, ya digitalizado, se encuentra en la Wellcome Institute Library de Londres. La imagen lleva como calce y como información adicional el origen técnico de la misma (Imprint [168 New Bond Street; Bedford Place, Knesington]; Cundall

Como puede verse, en ella aparece Huxley no solo con tiza en mano, después de haber dibujado la silueta del cráneo de un gorila, sino con su propia cabeza a la altura de la de su dibujo. Al contemplarla es casi imposible no recordar las frases finales del cuento de Lugones, en el que el narrador tampoco se refiere al resto del cuerpo del simio: “Allí ante nuestros ojos, la raya de lápiz trazaba una frente deprimida, una nariz chata, un hocico bestial. ¡El mono! ¡La cosa maldita!” (1996, 135). En la imagen convergen entonces tres de los agentes claves del relato: la silueta del simio, el acto del dibujo y la ascendencia inglesa del huésped. Obviamente puede resultar demasiado aventurado afirmar la dependencia del texto de Lugones de esta fotografía, pero tampoco, por ahora y dados los datos que tenemos, pueda descartarse esa procedencia. Así, esta ilustración y otras ilustraciones análogas de las obras de Huxley,<sup>22</sup> pueden justificar algunas preguntas que, a pesar de que por ahora no tengan respuestas, no dejan de iluminar el posible significado del cuento y, por extensión, de todo el libro: ¿Es el inglés del relato una trasposición de T. Huxley, también de nacionalidad inglesa? ¿Se está burlando Lugones del científico inglés al identificarlo con su propio dibujo y al proponer al simio como el alter ego del defensor de unas ideas con las que Lugones era especialmente crítico? ¿Es el cuento una burlesca paráfrasis de los trabajos de Huxley, como “Viola acherontia” pudo serlo de la investigación de Darwin sobre las orquídeas<sup>23</sup> y, por extensión, como toda la colección de cuentos, del materialismo positivista del XIX? ¿Es la línea final del cuento, a menudo señalada como mediocre y anticlimática, una de las mejores síntesis del mismo, es decir, la burla ideológica y personal hacia Huxley, hacia sus teorías antropológicas y hacia su costumbre (o manía) de ilustrar sus escritos?

Como va dicho, por ahora, no parece posible dar una respuesta final a estas preguntas, pero también es cierto que la respuesta provisional a todas ellas podría también ser afirmativa y que, por tanto, lo más probable es que la lectura más precisa de este relato y por extensión de todo el libro, deba hacerse en este contexto ideológico y cultural de las tensiones entre el positivismo materialista defendido por Huxley y el cientifismo espiritualista de Lugones y la teosofía. Como se

---

Downes & Co., ca 1861?) y una breve descripción de la misma (“He [Huxley] stands beside a pull-out blackboard on which is drawn the skull of a gorilla”). Aparte de estos datos y a pesar la extensa bibliografía consultada (Ward, Shafer, Huxley, Lyons) solo hemos podido localizarla en algún otro libro aislado (Chaple 86, Lyons 192) y en diversas páginas electrónicas (en Wikipedia, lleva como pie de foto “Huxley with sketch of a gorilla skull [c1870]” y se apunta como fuente “scan of plate”). La más útil para nuestro propósito habría sido la reproducida en el trabajo de Lyons, donde, sin información adicional, la imagen se calza con una frase que conectaría con la mencionada intención irónica o satírica de Lugones (“Thomas Huxley lecturing on the relationship between the great apes to humans”).

En lo referido a la British Association for the Advancement of Science, fue en los locales de esta institución, en 1860, donde tuvo lugar el famoso intercambio entre Huxley y el obispo anglicano Samuel Wilberforce. En ese debate pronunció Huxley algunas respuestas que luego se hicieron famosas, entre ellas la que afirmaba que “a man has no reason to be ashamed of having an ape for his grandfather” (Shafer 126), y que obviamente es una frase con la que los teósofos y Lugones no podían estar de acuerdo.

<sup>22</sup> No hay que olvidar que el propio Huxley fue también el autor de las ilustraciones de varios de sus trabajos (ver imagen 10) y que su fama como científico solía ir acompañada de su fama de ilustrador. Como dato interesante, debe recordarse que la *Doctrina Secreta* iba también acompañada de un buen número de ilustraciones (mucho más sencillas) de la propia autora.

<sup>23</sup> Nos referimos obviamente al tratado publicado por Darwin en 1862 y titulado: *On the various contrivances by which British and foreign orchids are fertilised by insects, and on the good effects of intercrossing* (Londres: John Murray)

recordará, estas son las conocidas tensiones entre la modernidad técnica y la modernidad intelectual o artística que caracterizaron la segunda mitad del XIX y los comienzos del XX.

## Apéndice I. Notas sobre la edición de los textos de *LFE*

Al reproducir los textos de los relatos de Lugones hemos procurado respetar al máximo la versión original, aunque también hemos llevado a cabo algunas actualizaciones ortográficas, como la supresión del acento gráfico en algunos monosílabos o la sustitución de “x” por “s” (ej: “experiencias” ) o “g” por “j” (“monge”, “dirigían”, etc.). Aparte de esto, hemos procurado respetar la disposición original de los signos de interrogación y admiración, puntos suspensivos, separación de párrafos, etc. Como se ve, en la primera columna hemos reproducido la versión periodística, que identificamos por su título original y por la fecha de su primera publicación conocida. En ella hemos marcado como ~~tachadas~~ las palabras o frases que aparecen también tachadas en la versión de *PL* y como subrayadas las palabras o frases que han sido eliminadas o han sufrido modificaciones al trasladarse al libro. En algunos casos esas expresiones aparecen tanto tachadas como subrayadas [palabra], indicando así que son expresiones tachadas en la versión de *PL* y que también han sufrido cambios o alteraciones al pasar a *LFE*. Hay que decir, de todos modos, que en *PL* a veces no queda claro si estamos ante un tachado o si se trata más bien de simples defectos de las reproducciones. En la segunda columna hemos reproducido la versión de 1926, es decir la última revisada por su autor, pero en ella hemos anotado las variantes con relación a la versión de 1906 y, por razones técnicas, también algunas de las diferencias textuales con la versión periodística. Para las versiones periodísticas hemos utilizado la reproducción de *PL*, y para la de 1906 y 1926 nos hemos servido de las ediciones originales y de las de Barcia (Lugones 1981) y García Ramos (Lugones 1996). En las notas, las variantes de la versión periodística se identifican por la fecha de publicación.

El Milagro de san Wilfrido (1897)	El Milagro de san Wilfrido (1926)
El 15 de junio de 1099, cuarto día de la tercera semana, un crepúsculo en nimbos de sangre, había visto por vigésima quinta vez al campamento cruzado, desenvolverse como una <del>larga</del> línea de <del>grandes</del> silencios y de tiendas pardas, alrededor de Jerusalem, desde la puerta de Damasco hasta donde el <del>cauce del</del> Cedrón penetra en el valle de Savé, que los latinos llaman <u>Valle</u> de Josafat.	El 15 de junio de 1099, cuarto día de la tercera semana, un crepúsculo en nimbos de sangre había visto por vigésima quinta vez al campamento cruzado, desplegarse como una larga línea de silencios y de tiendas pardas alrededor de Jerusalén, desde la puerta de Damasco hasta donde el Cedrón penetra en el valle de Sové que los latinos llaman valle de Josafat.
<u>Desde el campamento y los muros de la ciudad se extendía una llanura</u>	Sobre la llanura que se extendía entre el campamento y la ciudad, algunos bultos

árida. Sobre las tierras secas algunos bultos oscuros significaban cadáveres abandonados en la sangrienta jornada del 13, librada por los francos sobre la antemuralla.

El monte Moria, se alzaba en frente de la puerta Esterquilinaria, al mediodía. Al norte levantaban sus cumbres desoladas el Olivete y el monte del Escándalo, donde Salomón idolatró. Entre estas cumbres, el valle maldito, el valle donde reinó la herejía de Belphegor y de Moloch; donde gimieron David y Jeremías; donde Jesucristo comenzó su pasión; donde Joel dijo su memorable profecía (*congregabo omnes gentes, etc.*), donde duermen Zacarías y Absalón; el valle adonde los judíos van a morir de las cuatro partes del mundo, se abría lleno de sombra y de viñas negras.

Las murallas de la ciudad, altas de cien palmos, ocultaban la vista las montañas de Judea que el Rey Sabio hizo poblar de cedros. El recinto quedaba oculto, y solo se divisaba por sobre la línea de bastiones, la cumbre rojiza del Acra, la monstruosa cúpula de cobre luciente de la mezquita *Gameat-el-Sakhra* levantada por Omar bajo la indicación del patriarca Sofronio, sobre las ruinas del templo de Salomón, y algunas palmas desgreñadas como cabelleras bajo un nimbo decadente en el crepúsculo.

Una larga agonía sedienta consumía a los soldados de la Cruz. Las fuentes Siloé y Rogel estaban secas. El viento salado a penas dejaba aproximarse las nubes hasta Jericó. El cielo ardía como una inmensa lámpara durante el día; la noche se

denunciaban cadáveres: restos de la jornada del 13 que los franceses libraron sobre la antemuralla.

El monte Moria, alzábase frente de la puerta Esterquilinaria, al mediodía. Por el norte levantaban sus cumbres desoladas el Olivete y el monte del Escándalo donde Salomón idolatró. Entre estas cumbres, el valle maldito, el valle donde imperara la herejía de Belphegor y de Moloch; donde gimieron David y Jeremías; donde Jesucristo empezó su pasión; donde Joel dijo su memorable profecía: *congregabo omnes gentes...*; donde duermen Zacarías y Absalón; el valle adonde los judíos van a morir de todas las partes del mundo, se abría lleno de sombra y de viñas negras...

Las murallas de la ciudad, altas de cien palmos, escondían a la vista las montañas de Judea que el rey Sabio hizo poblar de cedros. El recinto quedaba oculto, y solo se divisaba por sobre la línea de bastiones, la cumbre rojiza del Acra, la monstruosa cúpula de cobre de la mezquita *Gameat-el-Sakhra* levantada por Ornar a indicación del patriarca Sofronio, sobre las ruinas del templo de Salomón — y algunas palmeras.

Una agonía sedienta consumía a los soldados de la cruz. Las fuentes de Siloé y de Rogel estaban exhaustas. El viento salado apenas dejaba aproximarse las nubes hasta Jericó. Y aquello estaba tan seco, tan calcinado, que las mismas tumbas antiguas parecían clamar de sed.

<p><u>levantaba cálida y seca como un horno negro.</u></p>	
<p><u>Sobre las tiendas de las huestes sitiadoras ondeaban multicolores estandartes.</u></p>	<p>Sobre las tiendas de las huestes sitiadoras, ondeaban multicolores estandartes,<sup>24</sup> en cuyo trapo, al impulso de la devoción y del heroísmo, iban germinando como futuros emblemas de gloria, las trece coronas y las treinta y seis cruces principales de la heráldica, desde la sencilla cruz patente hasta las embrolladísimas dobles y contra potenzadas, que llegarían luego a su máxima complicación en el curioso geroglífico de la familia Squarciafichi.</p>
<p>Estaban allí Godofredo <u>de Bullón</u>, Eustaquio y Balduino; los señores de Tolosa, de Foix, de Flandes, de Orange, de Rosellón, de San Pol, de l'Estoile, <u>de Saint-Gilles</u>, y de Normandía. Ya eran todos ilustres: Guicher había hendido en dos un león; Godofredo había partido por la mitad un gigante sarraceno en el puente de <u>Antíoco</u>.</p>	<p>Estaban allí Godofredo, Eustaquio y Balduino; los señores de Tolosa, de Foix, de Flandes, de Orange, de Rosellón, de San Pol, de l'Estoile, de Flandes y de Normandía. Ya eran todos ilustres. Guicher había hendido en dos un león; Godofredo había partido por la mitad un gigante sarraceno en el puente de Antíoco...</p>
<p>Una tienda <u>sin estandarte se levantaba en medio de las demás</u>. En aquella tienda un monje flaco y viejo que tenía un báculo de olivo, vivía mojado en lágrimas toda la longitud de su barba. Era Pedro el Ermitaño</p>	<p>Una tienda rasa se alzaba entre las otras. En aquella tienda, un monje flaco y viejo que tenía un báculo de olivo, vivía mojado en lágrimas toda la longitud de su barba. Era Pedro el Ermitaño.</p>
<p>Aquel monje sabía que la ciudad ilustre fundada en el 2023 del mundo, era una mártir.</p>	<p>Aquel monje sabía que la ciudad ilustre fundada en el 2023 año del mundo, era una mártir.</p>
<p>Desde los hijos de Jebus, hasta Sesac, hasta Joas hasta Manases, hasta Nabucodonosor, hasta Tolomeo Lago, <u>hasta Antíoco el Grande, hasta Antíoco Epifanio</u>, hasta Pompeyo, hasta Craso, hasta Antígono, hasta Herodes, hasta Tito, hasta Adriano, hasta Cosroes, hasta Omar—cuánta sangre había manchado sus piedras, cuánta</p>	<p>Desde los hijos de Jebus, hasta Sesac; desde Joas hasta Manases, hasta Nabucodonosor, hasta Tolomeo Lago, hasta los dos Antíocos el Grande y el Epifanio, hasta Pompeyo, hasta Craso, hasta Antígono, hasta Herodes, hasta Tito, hasta Adriano, hasta Cosroes, hasta Omar—cuánta sangre había manchado sus piedras, cuánta desolación había caído sobre la reina glorificada por la salutación de Tobías: Jerusalem, civitas Dei, luce splendida fulgebis!</p>

<sup>24</sup> En 1897, el párrafo continúa seguido, sin pausas, desde “Estaban allí” hasta “un solo pájaro”.

<p>desolación había caído sobre la <u>reina que Tobías saludaba diciendo: <i>Jerusalem, civitas Dei, luce splendida julgebis!</i></u> Pedro había podido observar, como San <u>Gerónimo</u>, que en aquella ciudad no se veía un solo pájaro.</p> <p style="text-align: center;">***</p> <p>Esa tarde, un correo <u>ágil</u> expedido de Kaloni, <u>vino á decir</u> a Godofredo que en el puerto de Jafa acababan de anclar varias naves pisanas y genovesas, <u>en que</u> venían los marineros esperados para construir las máquinas de guerra diseñadas por <u>Gastón de Foix</u>.</p> <p>El sol se <del>había hundido ya</del>, cuando tomaron el camino de Arimatea cuatro caballeros enviados para guardar las naves recién llegadas a Jafa. Eran Raimundo Pileto, Acardo de Mommellou, Guillermo de Sabrán y Wilfrido de Hohenstein á quien llamaban el caballero del blanco yelmo.</p>	<p>Pedro había podido observar, como san Jerónimo, que en aquella ciudad no se veía un solo pájaro.</p> <p style="text-align: center;">***</p> <p>Esa tarde,<sup>25</sup> un correo expedido de Kaloni, comunicó a Godofredo que en el puerto de Jafa acababan de anclar varias naves pisanas y genovesas, en las cuales venían los marineros esperados para construir las máquinas de guerra diseñadas por Raymundo de Foix.</p> <p>Acababa de hundirse el sol, cuando tomaron el camino de Arimatea cuatro caballeros enviados para guardar las naves recién llegadas a Jafa. Eran Raimundo Pileto, Acardo de Mommellou, Guillermo de Sabrán y Wilfrido de Hohenstein a quien llamaban el caballero del blanco yelmo.</p>
---	---

<sup>25</sup> La versión de *Caras y caretas* (7 de abril de 1906, en adelante CC) comienza en este párrafo y omite todos los anteriores.

<sup>26</sup> "Sinople": sic en 1926, en 1906 y CC: "verde"

<sup>27</sup> En 1906 y CC: "con un voto de castidad"

<sup>28</sup> 1906 y CC: "buscarle"

<sup>29</sup> 1906 y CC: "y de granados"

<sup>30</sup> 1906 y CC: "y por el mediodía"

<sup>31</sup> 1897: "¡Que muera como su Dios!"; 1906: "Que muera como su Dios!"; 1926: "Que muera como su dios!."

<sup>32</sup> 1906 y CC: una gloria de apogeos

<sup>33</sup> 1906 y CC: desprendiase

<sup>34</sup> 1897, 1906 y CC: "sangre." Además en 1897 este párrafo continúa hasta "poste"

<sup>35</sup> 1906 y CC: "desclavarlo"

<sup>36</sup> 1906 y "CC": "Y como la cruz aquella"

<sup>37</sup> En 1897 el párrafo continúa hasta "caballeros".

<sup>38</sup> 1906 y CC: "allí"

<sup>39</sup> En 1897, el párrafo continúa hasta "siniestro"

<sup>40</sup> 1906 y CC: "Habíase quitado el turbante, y su cabeza afeitada ostentaba en el occipucio"

<sup>41</sup> 1906 y CC: "le"

<sup>42</sup> 1906 y CC: "se encontró"

<sup>43</sup> Una anotación manuscrita en 1897 parece indicar el cambio a un nuevo párrafo, que sería el cambio visible en 1906 y 1926.

<sup>44</sup> 1906 y CC: "espantosamente viva"

<sup>45</sup> 1906 y CC: "se había"

<sup>46</sup> 1906 y CC: "16 de junio del año 1099 de Cristo"; 1926: "12 de julio del año 1099 de Cristo" (En la cronología interna del cuento, la fecha correcta sería la de la edición 1926).

Era él rubio y delicado como un ramo de nardos. Su coraza estaba batida en el más fino hierro. Montaba una brava yegua del Yemen, toda espumante de bríos bajo el temblor sonoro de sus gualdrapas de acero. Su bravura era silenciosa como la de un gerifalte blanco de Scitia. En las batallas parecía un arcángel y se contaban de él cosas extraordinarias.

\_\_\_\_\_ Decíase que casado a los veinte años, antes de uno había muerto a su esposa en una noche de celos. Descubierta luego la inocencia de la víctima, el señor de Hohenstein fue á echarse á los pies de Pedro el Ermitaño, quien le puso en el pecho la cruz roja de los peregrinos.

Antes de partir quiso llorar por última vez en la tumba de su esposa. Sobre aquella tumba, había crecido un lirio de nunca vista hermosura. Decidióse él á llevarlo como recuerdo, pero al cortarlo de su tallo, el lirio se había convertido en un casco de plata. Y he aquí porqué en el campamento cruzado le llamaban el caballero del blanco yelmo.

La noche ~~se había cerrado~~ sobre los montes. Los caballeros cruzaron al trote de sus grandes caballos, como cuatro sombras en rumor de hierro, la ~~ancha~~ garganta estéril que une a Jerusalém con Neápolis y Sichem, el torrente donde David tomó las

Era él rubio y fuerte como un arcángel. Sobre su tarja germana, sin divisa como todos los escudos de aquel tiempo, se destacaba formando blasón pleno un lirio de estaño en campo sinople.<sup>26</sup> Aquel lirio en forma de alabarda, era el único abierto de toda la flora heráldica; pues el de Francia permanecía aún en botón.

Pero lo extraordinario en la armadura del caballero, era su casco de metal blanquísimo, cuyo esplendor no velaba entre los demás la cimera de que carecían los yelmos de los cruzados. El nasal de aquel casco, dividiéndole exageradamente el entrecejo y bajando por entre sus ojos como un pico, daba a su faz una expresión de gerifalte.

Contábase a propósito de aquella prenda, una rara historia. Decíase que casado su dueño a los veinte años, antes de uno mató a la esposa en un arrebato de celos. Descubierta luego la inocencia de la víctima, el señor de Hohenstein fue en demanda de perdón a Pedro el Ermitaño, quien le puso en el pecho la cruz de los peregrinos.

Antes de partir, quiso orar el joven en la tumba de su esposa. Sobre aquel sepulcro, había crecido un lirio que él decidió llevarse como recuerdo; mas al cortarla, la flor se transformó en un casco de plata, dando origen al sobrenombre del caballero. Poseídos aún del milagro que hizo llover lirios sobre la cabeza de Clodoveo, no tenían los camaradas del héroe por qué dudar de su aventura, mucho más cuando él la abonaba con su valentía y el voto de castidad.<sup>27</sup>

La noche estaba ya densa sobre los montes. Los caballeros cruzaron al trote de sus cabalgaduras, como cuatro sombras en rumor de hierro, la garganta estéril que une a Jerusalém con Sikem y Neápolis; el torrente donde David tomó las cinco piedras para combatir al gigante; el valle del Terebinto, el de Jeremías, dolorosa entrada

cinco piedras para combatir al gigante, el valle del Terebinto, el de Jeremías, dolorosa entrada de los montes de la Judea, poblados de jabalíes y de nopales; los arrabales de Arimatea, los de Lydda sombrados de aquellas palmas idumeas bajo las cuales curó Pedro al paralítico; y al llegar al pozo de la Virgen, la llanura de Sarón, cubierta de alelíes y tulipanes, se desplegó a sus ojos, desde Gaza hasta el Carmelo y desde los montes de Judea hasta los de Samaría, al mismo tiempo que la luna blanqueaba las cimas de las rocas negras.

Wilfrido ~~de Hohenstein~~ se había rezagado un tanto, siempre meditabundo y silencioso. Los otros tres, hasta entonces mudos, empezaron a hablar alto, y el señor de Sabrán refirió á sus compañeros la historia de la ciudad á que se dirigían:

-Jafa está, decía, en la heredad de Dan y es más antigua que el diluvio. En ella murió Noé. A ella venían las flotas de Hiram cargadas de cedro; en ella se embarcó Jonás para cruzar el mar, aquel Gran Mar, “el mar que vio á Dios y retrocedió”, dice el Salmista; ella sufrió el peso de cinco invasiones y fue incendiada por Judas Macabeo. Allí resucitó Pedro a Tabita; allí Cestio y Vespasiano repletaron de oro sus soldados; allí, en una ciudadela fortificada, manda en nombre del Soldán, el feroz árabe Abu-Marra-Djezzar, cuyos sicarios recorren estas montañas buscando el rastro de los guerreros de Cristo.

Y el señor de Mommellou añadió que Jafa había sido también teatro de las fábulas del paganismo

de los montes de Judea poblados de jabalíes; los arrabales de Arimatea, los de Lydia sembrados de aquellas palmas idumeas bajo las cuales curó Pedro al paralítico; y al llegar al Pozo de la Virgen, la llanura de Sarón, cubierta de alelíes y tulipanes, se desplegó ante ellos desde Gaza hasta el Carmelo, y desde los montes de Judea hasta los de Samaría, denunciándose en la obscuridad con el aroma de sus flores. Tal iban evocando los pasajes de la sacra historia por los mismos lugares de su tránsito, aquellos ilustres guerreros.

Wilfrido habíase rezagado un tanto. Los otros tres mantenían su piadosa conversación; y el señor de Sabrán refirió a sus compañeros la historia de la ciudad adonde se dirigían.

-Jafa está, decía, en la heredad de Dan y es más antigua que el diluvio. En ella murió Noé; a ella venían las flotas de Hiram cargadas de cedro; en ella se embarcó Jonás para cruzar el mar, aquel Gran Mar “que vio a Dios y retrocedió”, dice el Salmista; ella sufrió el peso de cinco invasiones y fue incendiada por Judas Macabeo. Allí resucitó Pedro a Tabita; allí Cestio y Vespasiano repletaron de oro sus legiones; y en su ciudadela manda ahora en nombre del Soldán, el feroz Abu-Djezzar- Mohamed-ibn-el-Thayyb-el-Achary, a quien llaman familiarmente Abu-Djezzar, y cuyos sicarios recorren estos parajes buscando el rastro de los guerreros de Cristo.

El señor de Mommellou añadió a su vez que Jafa había sido teatro de las fábulas del paganismo. Su nombre era el de una hija de

~~griego~~. Su nombre era el de una hija de Eolo; y San Jerónimo cuenta que á él le enseñaron allí, la roca y el anillo en que la negra princesa Andrómeda fue entregada á los monstruos de Neptuno. Plinio añade que Escauro llevó a Roma los huesos del monstruo que mató a [¿Perseo?], y Pausanias refiere que existe todavía la fuente donde el héroe fabuloso se lavó las manos cubiertas de la sangre del combate.

Y todo esto lo contaron los caballeros Acardo de Mommellou y Guillermo de Sabrán, porque sabían muchas letras de historia, aprendidas en los pergaminos que tienen los monjes en los monasterios.

De repente, al llegar junto a las ruinas de una cisterna seca, notaron que Wilfrido no iba ya con ellos. Era indudable ~~que había caído en alguna emboscada sarracena por haberse alejado~~. Y ellos no podían ponerse en su busca, porque de la suerte de las naves de Jafa dependía la toma de la Ciudad Santa. ~~Y tristes y sombríos galoparon soplando su cuernos hacia las murallas que blanqueaban a la distancia~~.

\*\*\*

~~Abu-Marra~~ Djezzar gobernaba la ciudadela. La fortaleza se levantaba, dominando el mar, entre un bosquecillo de granados y de palmeras. Mil mulsumanes se defendían allí esperando auxilios de Cesárea o de Solima. Los fosos estaban llenos de agua y levantados los rastrillos, que ~~apenas se bajaban por la noche, en silencio~~, para dejar paso a las partidas de merodeadores ~~que recorrían las cercanías de Jafa~~.

Wilfrido de Hohenstein, despojado

Eolo; y San Jerónimo cuenta que le enseñaron allí la roca y el anillo en que Andrómeda fue entregada al monstruo de Neptuno. Plinio añade que Escauro llevó a Roma los huesos de dicho animal; y Pausanias refiere que existe todavía la fuente donde Perseo se lavó las manos cubiertas por la sangre del combate.

Y todo esto lo contaron los caballeros Acardo de Mommellou y Guillermo de Sabrán, porque sabían muchas letras de historia aprendidas en los pergaminos de los monasterios.

De repente, al llegar junto a las ruinas de una cisterna seca, advirtieron que Wilfrido no iba ya con ellos. Era indudable que se había extraviado en tan peligroso sitio; pero no podían buscarlo,<sup>28</sup> pues de las naves que iban a custodiar dependía la toma de la ciudad santa. Y por si era tiempo aún, galoparon soplando sus cuernos hacia las murallas próximas.

\*\*\*

Abu-Djezzar gobernaba la ciudadela. La fortaleza se levantaba, dominando el mar, entre un bosquecillo de nopales y granados.<sup>29</sup> Mil mulsumanes defendíanse allí, esperando auxilios de Cesárea o de Solima. Los fosos estaban llenos de agua y levantados los rastrillos, que apenas dejaban paso a las partidas de merodeadores.

Wilfrido de Hohenstein, despojado de sus

de ~~su armadura y con las manos encadenadas~~, fue presentado al señor de la fortaleza. Era éste un ~~sarraceno~~ de ojos ~~feroces~~ y perfil enérgico como un tajo de hacha.

—Perro, le dijo á penas le tuvo a su alcance; ya sabemos la situación de tus soldados que mueren de sed bajo los muros de Solima. Dime, pues lo sabes, si los cristianos abrigan todavía esperanzas.

Una sonrisa heroica iluminó la juventud ~~blanca~~ del caballero.

—Sarraceno, replicó; los condes de Flandes y de Normandía acampan al norte, allí mismo donde fue apedreado San Esteban; Godofreo y Tancredo están al Occidente; el conde de Saint-Gilles al sur, sobre el monte Sion. Ya sabes dónde están nuestras tropas, y también que los soldados de Cristo no retroceden. Pues bien, óyelo Sarraceno: Antes de un mes los soldados de Cristo entrarán en Jerusalem por el norte, por el occidente y el mediodía.

Abu-~~Marra~~-Djezzar rugió de rabia.

—Cortad maderos, gritó a sus soldados; haced una cruz y clavad en ella á este perro. ¡Que muera como su Dios!

Tres horas después, los soldados venían en grupos ~~silenciosos~~ á contemplar al mártir. Wilfrido de Hohenstein, clavado en una cruz muy baja, parecía estar muerto en pie. Todo desnudo, cruzado su blanco cuerpo de rayas rojas, la cabeza doblada, los cabellos rubios cubriéndole los ojos, las manos y los pies como envueltos en púrpura, parecía ~~una virgen~~ más bien ~~que un guerrero~~. La muerte no había

armas, fue traído ante el señor de la ciudadela. Era éste un musulmán de ojos aguileños y perfil enérgico como un hachazo.

—Perro, le dijo apenas túvolo a su alcance; ya sabemos la situación de vuestros soldados que mueren de sed bajo los muros de Solima. Dime, pues lo sabes, si los cristianos abrigan todavía esperanzas.

Una sonrisa heroica iluminó la juventud del caballero.

—Sarraceno, replicó; los condes de Flandes y de Normandía acampan al norte, allá mismo donde fue apedreado San Esteban ; Godofredo y Tancredo están al Occidente; el conde de Saint-Gilíes al sur, sobre el monte Sion. Ya sabes dónde se hallan nuestras tropas, y también que los soldados de Cristo no retroceden. Pues bien, óyelo Sarraceno: Antes de un mes, los soldados de Cristo entrarán en Jerusalén por el norte, el occidente y el mediodía.<sup>30</sup>

Abu-Djezzar rugió de rabia.

—Cortad maderos, gritó a sus soldados; haced una cruz y clavad en ella a este perro. Que muera como su dios!<sup>31</sup>

Tres horas después, los soldados venían en grupos a contemplar el mártir. Wilfrido de Hohenstein, clavado en una cruz muy baja, parecía estar muerto en pie. Desnudo enteramente, cruzado su cuerpo de rayas rojas, la cabeza doblada, los cabellos rubios cubriéndole los ojos, las manos y los pies como envueltos en púrpura, semejaba una efigie de altar. La muerte no conseguía ajar su juventud, realizándola más bien como una escarcha fina sobre un mármol artístico. El patíbulo daba al mar, sobre la ciudad ruinosa, desamparado bajo

conseguido ajar su juventud, realizándola más bien a la manera de una escarcha fina sobre un mármol artístico. El patíbulo ~~estaba en frente del mar~~, sobre la ciudad ruinoso, bajo el anejo azul del cielo, sumergido en el violento resplandor del día. Y los soldados admiraban en voz baja, con palabras bárbaramente desgarradas en vómitos guturales, aquella juventud enemiga, tan hermosamente dolorida bajo los caballos rubios ceñidos ya por la gloria de los grandes apogeos.

El cuerpo de Wilfrido de Hohenstein ya no era sino un despojo martirizado. Estaba muy blanco, casi transparente, como un vaso de alabastro que ha dejado correr todo su vino. Y bajo sus párpados entreabiertos, se vislumbraba [¿como?] una apagada minúscula estrella azul.

Un buitre sirio, a inmensa altura sobre aquel día y sobre aquel martirio, meciase grandiosamente entre los altos resplandores. Los soldados [¿le?] vieron y entonces recordaron. Aunque la agonía del caballero había sido larga, era indudable que ya estaba muerto. El agá se aproximó y levantó uno de los párpados. La pequeña estrella azul se había apagado en el fondo de la órbita. De la comisura izquierda de los labios, se desprendió silenciosamente un hilo de sangre.

Nadie se atrevió a abofetearle, á pesar de que esa era la costumbre, porque su sueño apaciguaba con su inmensa blancura. Tendieron simplemente la cruz y empezaron a desclavarle. Pero la mano derecha resistía tanto, que el agá la cortó

el cielo. Y los soldados admiraban en voz baja, con palabras bárbaramente desgarradas en vómitos guturales, aquella juventud enemiga, tan viril bajo los caballos rubios ceñidos ya por un reflejo de apogeos.<sup>32</sup>

El cuerpo de Wilfrido de Hohenstein no era ya sino un despojo. Estaba muy blanco, casi transparente, como un vaso de alabastro que ha dejado correr todo su vino; y bajo sus párpados entreabiertos, se vislumbraba una minúscula estrella azul.

Un buitre sirio, a inmensa altura, meciase entre los cenitales esplendores. Los soldados lo vieron y entonces recordaron. Aunque la agonía del caballero fue larga, era indudable que ya estaba muerto. El agá se aproximó y levantó uno de los párpados. La estrellita azul se había apagado en el fondo de la órbita. De la comisura labial, desprendióse<sup>33</sup> un hilo de sangre...<sup>34</sup>

Nadie se atrevió a abofetearlo, a pesar de que era la costumbre, porque su sueño apaciguaba con su inmensa blancura. Tendieron simplemente la cruz y empezaron a desclavarlo.<sup>35</sup> Pero la mano derecha resistía tanto, que el agá la cortó con su gumía dejándola clavada en el poste.

con su gumía dejándola clavada en el poste.

Y como la cruz aquella serviría para ajusticiar tal vez otros perros, resolvieron conservarla en la armería.

Y pasó de aquello un mes y la mano permanecía clavada en la cruz pálida y lamentable bajo la bóveda oscura llena de tenebrosas sonoridades. Nadie se acordaba ya de ella, cuando el 12 de Julio de 1099, un emisario sarraceno vino en su caballo moribundo á decir á Abu-Marra-Djezzar que los cristianos habían arrojado escalas sobre los muros de Solima, al rayar la aurora, y que encerrados en fuertes ingenios de madera, hacían llover sobre los fieles del Profeta un aguacero de aceite y pez hirviendo. Abu-Marra-Djezzar mandó afilar los alfanjes y descendió a la armería para inspeccionar los arneses de peones y caballeros.

Los hierros lucían en la penumbra de la sala polvorosa colgados de altas perchas. Había fuertes lorigas de Trebizonda, legible yataganes de Damasco; lanzas agarenas largas de diez palmos; adargas de cuero de hipopótamo, dagas kurdas de puño argentado, estribos tajantes al uso berberisco y puñales bizantinos que parecían de agua.

El musulmán recorría con ojo [¿prendado?] aquel inmenso arsenal provisto por el ingenio del califa, de tantas y tan hermosas armas. Sus babuchas rojas de planta de madera sonaban hondamente en las losas de la galería, y soberbiamente envuelto en su albornoz de color de naranja

Y como aquella cruz<sup>36</sup> podía servir para ajusticiar otros perros, resolvieron conservarla en la armería.

La mano permaneció así durante un mes. Nadie se acordaba ya de aquello, cuando el 12 de julio de 1099, un emisario sarraceno vino en su caballo moribundo a decir a Abu-Djezzar que los cristianos arrojando escalas sobre los muros de Solima, al rayar la aurora, y encerrados en fuertes ingenios de madera, hacían llover sobre los fieles del Profeta un aguacero de aceite y pez hirviendo.<sup>37</sup>

Abu-Djezzar mandó afilar los alfanjes y descendió a la armería para inspeccionar los arneses de peones y caballeros.

Lucían los hierros en la penumbra de la sala. Había allí<sup>38</sup> lorigas de Egipto, yataganes de Damasco; lanzas españolas, largas de diez palmos; adargas de cuero de hipopótamo, tomadas a los nubios; estribos tajantes al uso berberisco y puñales bizantinos que parecían de agua.

El musulmán recorría con ojo satisfecho aquel arsenal provisto por el califa, de tantas y tan hermosas armas. Sus babuchas sonaban en las losas de la galería, y soberbiamente envuelto en su albornoz, examinábalo todo.<sup>39</sup>

<p><u>inspeccionaba lentamente las armas.</u></p> <p><u>Se había quitado el turbante</u> , y su cabeza <u>cuidadosamente</u> afeitada ostentaba en el occipucio, <u>a modo de cimera</u>, el penacho de cabellos por donde el ángel Gabriel <u>debía conducirle</u> al Paraíso el día del juicio. <u>En sus ojos negros</u> nadaban dos <u>brasas</u>, y bajo el labio crispado, la dentadura <u>erujiente de ira</u> fijaba un brillo siniestro.</p> <p><u>No había percibido la cruz afirmada a la pared, en un ángulo de la sala, cubierta de polvo, disimulada en la sombra donde apenas blanqueaba la mano clavada del mártir, como haciendo una señal a las sombras [ilegible].</u> Y andando, andando se <u>encontró de repente</u> bajo la <u>cruz</u>, con la mirada fija en una de las perchas de la armería.</p> <p>En <u>aquel</u> momento, eran las tres de la tarde. El caballero de <u>l'Estoile</u> acababa de saltar sobre las murallas de Jerusalén.</p> <p><u>El agá asomó por la puerta de la galería.</u> Abu-Marra-Djezzar le increpó:</p> <p><u>—Ya lo has oído;</u> malditos perros!...</p> <p>No pudo concluir. La mano, <u>espantosamente viva, se había abierto como una garra, retorciéndose en su clavo y enredando entre sus dedos pálidos los cabellos del sarraceno.</u></p> <p>El agá, <u>temblando</u> de horror, huyó a lo alto de la ciudadela. Los soldados acudieron, <u>sin que nadie se atreviera</u> a tocar aquella formidable</p>	<p>Con el gran calor estival, habíase quitado el turbante,<sup>40</sup> y su cabeza afeitada ostentaba en el occipucio el penacho de cabellos por donde el ángel Gabriel lo<sup>41</sup> conduciría al Paraíso el día del juicio.</p> <p>Nadaban en sus ojos dos chispas, y bajo su labio crispado, la dentadura fijaba un brillo siniestro.</p> <p>Desde su sitio percibía la cruz disimulada en la sombra donde amarilleaba la mano del mártir. Y andando, andando, encontróse<sup>42</sup> debajo de ella con la mirada fija en una de las perchas de la armería.</p> <p>En ese momento eran las tres de la tarde. El caballero de l'Estoile acababa de saltar sobre las murallas de Jerusalén.</p> <p>Y como el agá apareciera en la puerta, Abu-Djezzar le increpó:</p> <p>—Alá los extermine! Malditos perros!...</p> <p>No pudo concluir.<sup>43</sup> La mano, súbitamente viva,<sup>44</sup> habíase<sup>45</sup> abierto como una garra, retorciéndose en su clavo y enredando entre sus dedos los cabellos del infiel.</p> <p>El agá, loco de horror, huyó a lo alto de la ciudadela. Los soldados acudieron, mas nadie se atrevió a tocar aquella formidable reliquia que mantenía invenciblemente agarrada la presa</p>
--	--

<p><u>reliquia</u>, que mantenía invenciblemente agarrados los <del>pelos rudos y tenebrosos del infiel</del>.</p> <p>Abu-Marra-Djezzar yacía muerto al pie de la cruz, con la lengua apretada entre los dientes y tendidos los brazos en que <del>se enredaba</del> una [<u>¿larga?</u>] convulsión.</p> <p><u>Aquella</u> misma tarde el agá hizo arrojar por sobre las murallas el siniestro crucifijo, sin que la mano volviera a abrirse desde entonces <del>para soltar su terrible presa</del>. Y los cristianos de Jafa, sabedores del hecho por un prisionero de la ciudadela tomado pocos días después, condujeron en solemne procesión aquel trofeo elevando un altar de piedra al <del>joven</del> caballero del blanco yelmo, que padeció muerte de cruz entre los infieles el <u>16 de junio</u> del año 1099 de Cristo.</p> <p style="text-align: center;">***</p> <p><u>Y es por eso</u> que en el convento de los franciscanos de Jafa, puede verse bajo una urna de cristal, clavada en su trozo de madera y asiendo un puñado de cabellos, <u>pálida y fresca</u> como para consolar la décima séptima agonía de Jerusalem, la mano blanca de San Wilfrido de Hohenstein.</p>	<p>enemiga.</p> <p>Abu-Djezzar yacía muerto al pie de la cruz, con la lengua apretada entre los dientes y tendidos los brazos que descuartizaba una convulsión.</p> <p>Esa misma tarde el agá hizo arrojar por sobre las murallas el siniestro crucifijo, sin que la mano volviera a abrirse desde entonces. Y los cristianos de Jafa, sabedores del hecho por un prisionero de la ciudadela tomado pocos días después, condujeron en procesión aquel trofeo erigiendo un altar al caballero del blanco yelmo, que padeció muerte de cruz entre los infieles el 12 de julio del año 1099 de Cristo<sup>46</sup>.</p> <p style="text-align: center;">***</p> <p>Ahora, en el convento de los franciscanos de Jafa, puede verse bajo una urna de cristal, clavada en su trozo de madera y asiendo un puñado de cabellos, todavía fresca como para consolar la décima séptima agonía de Jerusalén, la mano blanca de san Wilfrido de Hohenstein.</p>
--	---

<p>La estatua de sal (1898)</p> <p>He aquí cómo refirió el peregrino la verdadera historia del monje Sosistrato:</p> <p>-Quien no ha pasado alguna vez por el monasterio de San Sabas, diga que no conoce la desolación. Imagináos un antiquísimo edificio situado sobre el Jordán, cuyas aguas, saturadas de arena amarillenta, se deslizan ya casi agotadas, hacia el Mar Muerto, por</p>	<p>La estatua de sal (1926)</p> <p>He aquí cómo refirió el peregrino la verdadera historia del monje Sosistrato:</p> <p>-Quien no ha pasado alguna vez por el monasterio de San Sabas, diga que no conoce la desolación. Imagináos un antiquísimo edificio situado sobre el Jordán, cuyas aguas saturadas de arena amarillenta, se deslizan ya casi agotadas hacia el Mar Muerto, por entre bosquecillos de terebintos y manzanos de Sodoma. En toda aquella comarca no hay más que una palmera</p>
---	---

entre ~~negros~~ bosquecillos de terebintos y manzanos de Sodoma. En toda aquella ~~vieja~~-comarca, no hay más que una palmera, cuya copa sobrepasa los muros del monasterio. Una soledad infinita, sólo turbada de cuando en cuando por el paso de algunos nómadas que trasladan sus rebaños; un silencio colosal que parece bajar de las montañas cuya eminencia amuralla el horizonte; cuando sopla el viento del desierto, llueve arena impalpable; cuando el viento es del lago, todas las plantas quedan cubiertas de sal. El ocaso y la aurora, se confunden en una misma tristeza. Sólo aquellos que deben expiar grandes crímenes, arrostran tan espantosas soledades. En el convento se puede oír misa y comulgar. Los monjes que no son ya más que cinco, y todos por lo menos sexagenarios, ofrecen al peregrino una modesta colación de dátiles fritos, uvas, agua ~~turbia~~ del río, y algunas veces vino de palmera. Jamás salen del monasterio, aunque las tribus vecinas los respetan porque son buenos médicos. Cuando muere alguno, le sepultan en las cuevas que hay debajo, a la orilla del río, entre las rocas. En esas cuevas anidan ahora varias parejas de palomas azules, amigas del convento; antes, hace ya muchos años, habitaron en ellas los primeros anacoretas, uno de los cuales fue el monje Sosistrato cuya historia he prometido contaros. Ayúdeme nuestra Señora del Carmelo y vosotros escuchad con atención. Lo que vais á oír me lo refirió palabra por palabra el hermano Porfirio, que ahora está sepultado en una de las cuevas de San Sabas, donde acabó su santa vida á los ochenta años, en la virtud

cuya copa sobrepasa los muros del monasterio. Una soledad infinita, sólo turbada de tarde en tarde por el paso de algunos nómadas que trasladan sus rebaños; un silencio colosal que parece bajar de las montañas cuya eminencia amuralla el horizonte. Cuando sopla el viento del desierto, llueve arena impalpable; cuando el viento es del lago, todas las plantas quedan cubiertas de sal. El ocaso y la aurora se confundense en una misma tristeza. Sólo aquellos que deben expiar grandes crímenes, arrostran semejantes soledades. En el convento se puede oír misa y comulgar. Los monjes que no son ya más que cinco, y todos por lo menos sexagenarios, ofrecen al peregrino una modesta colación de dátiles fritos, uvas, agua del río y algunas veces vino de palmera. Jamás salen del monasterio, aunque las tribus vecinas los respetan porque son buenos médicos. Cuando muere alguno, lo sepultan en las cuevas que hay debajo a la orilla del río, entre las rocas. En esas cuevas anidan ahora parejas de palomas azules, amigas del convento; antes, hace ya muchos años, habitaron en ellas los primeros anacoretas, uno de los cuales fue el monje Sosistrato cuya historia he prometido contaros. Ayúdeme Nuestra Señora del Carmelo y vosotros escuchad con atención. Lo que vais a oír me lo refirió palabra por palabra el hermano Porfirio, que ahora está sepultado en una de las cuevas de San Sabas, donde acabó su santa vida a los ochenta años en la virtud y la penitencia. Dios le haya acogido en su gracia. Amén.

y la penitencia. Dios le haya acogido en su gracia. Amén.

Sosistrato era un monje armenio, que había resuelto pasar su vida en la soledad con varios jóvenes, compañeros suyos de vida mundana, recientemente convertidos á la religión del crucificado. Después de vagar largos meses por el desierto, encontraron un día las cavernas de que os he hablado, y se instalaron en ellas. El agua del Jordán y los frutos de una pequeña hortaliza que cultivaban en común, bastaban para llenar sus necesidades. Pasaban los días orando y meditando. De aquellas grutas ~~deseñocidas~~ surgían columnas de plegarias que contenían con sobrehumano esfuerzo la vacilante bóveda de los cielos próxima a desplomarse sobre los pecados del mundo. El ~~deseñocido y perenne~~ sacrificio de aquellos desterrados, que ofrecían diariamente la maceración de sus carnes y la pena de sus ayunos á la justa ira de Dios, para aplacarla, evitaron muchas pestes, guerras y terremotos. Esto no lo saben los impíos que ríen con ligereza de las penitencias de los cenobitas. Y sin embargo, los sacrificios y oraciones de los justos son las claves del Universo.

Al cabo de treinta años de austeridad y silencio, Sosistrato y sus compañeros habían alcanzado la santidad. El demonio, vencido, aullaba de impotencia bajo el pie de los santos monjes. Estos fueron acabando sus vidas uno tras otro, hasta que al fin Sosistrato se quedó solo. Estaba muy viejo, muy pequeñito. Se había vuelto casi

Sosistrato era un monje armenio, que había resuelto pasar su vida en la soledad con varios jóvenes compañeros suyos de vida mundana, recién convertidos a la religión del crucificado. Pertenecía, pues, a la fuerte raza de los estilitas. Después de largo vagar por el desierto, encontraron un día las cavernas de que os he hablado y se instalaron en ellas. El agua del Jordán, los frutos de una pequeña hortaliza que cultivaban en común, bastaban para llenar sus necesidades. Pasaban los días orando y meditando. De aquellas grutas surgían columnas de plegarias, que contenían con su esfuerzo la vacilante bóveda de los cielos próxima a desplomarse sobre los pecados del mundo. El sacrificio de aquellos desterrados, que ofrecían diariamente la maceración de sus carnes y la pena de sus ayunos a la justa ira de Dios, para aplacarla, evitaron muchas pestes, guerras y terremotos. Esto no lo saben los impíos que ríen con ligereza de las penitencias de los cenobitas. Y, sin embargo, los sacrificios y oraciones de los justos son las claves del techo del universo.<sup>47</sup>

Al cabo de treinta años de austeridad y silencio, Sosistrato y sus compañeros habían alcanzado la santidad. El demonio, vencido, aullaba de impotencia bajo el pie de los santos monjes. Estos fueron acabando sus vidas uno tras otro, hasta que al fin Sosistrato se quedó solo. Estaba muy viejo, muy pequeñito. Se había vuelto casi transparente. Oraba arrodillado quince horas diarias, y tenía revelaciones. Dos palomas amigas traíanle cada tarde algunos granos de

<sup>47</sup> En 1898 este párrafo continúa sin separaciones hasta “por allí”.

transparente. Oraba arrodillado veinte horas diarias, y tenía revelaciones. Dos palomas amigas traíanle cada tarde algunos granos de granada y se los daban á comer con el pico. Nada más que de eso vivía. Cada año, el viernes doloroso, encontraba al despertar, en la cabecera de su lecho de ramas, una copa de oro llena de vino y un pan, con cuyas especies comulgaba, absorbiéndose en éxtasis inefables. Jamás se le ocurrió pensar de donde vendría aquello, pues bien sabia que el Señor Jesús puede hacerlo. Y aguardando con unción perfecta el día de su ascensión á la bienaventuranza ~~celeste~~, continuaba soportando sus años. Desde hacia mas de cincuenta, ningún caminante había pasado por allí.

Pero una mañana, mientras el ~~buen~~ monje rezaba con sus palomas, estas, asustadas de pronto, echaron á volar abandonando sus hombros. Un peregrino acababa de llegar á la entrada de la caverna. Sosistrato, después de saludarle con santas palabras, le invitó á reposar indicándole un cántaro de agua fresca. El desconocido bebió con ansia, como si estuviese anonadado de fatiga; y después de consumir un puñado de frutas secas que extrajo de su alforja, oró en compañía del monje.

Transcurrieron siete días. El caminante refirió su peregrinación desde Cesárea á las orillas del Mar Muerto, terminando la narración

granada y se los daban a comer con el pico. Nada más que de eso vivía; en cambio olía bien como un jazminero por la tarde. Cada año, el viernes doloroso, encontraba al despertar, en la cabecera de su lecho de ramas, una copa de oro llena de vino y un pan con cuyas especies comulgaba absorbiéndose en éxtasis inefables. Jamás se le ocurrió pensar de dónde vendría aquello, pues bien sabía que el señor Jesús puede hacerlo. Y aguardando con unción perfecta el día de su ascensión a la bienaventuranza, continuaba soportando sus años. Desde hacía más de cincuenta, ningún caminante había pasado por allí.

Pero una mañana, mientras el monje rezaba con sus palomas, éstas asustadas de pronto, echaron a volar abandonándolo.<sup>48</sup> Un peregrino acababa de llegar a la entrada de la caverna. Sosistrato, después de saludarlo<sup>49</sup> con santas palabras, lo invitó a reposar indicándole un cántaro de agua fresca. El desconocido bebió con ansia como si estuviese anonadado de fatiga; y después de consumir un puñado de frutas secas que extrajo de su alforja, oró en compañía del monje.

Transcurrieron siete días. El caminante refirió su peregrinación desde Cesárea a las orillas del Mar Muerto, terminando la narración con una historia que preocupó a Sosistrato.

<sup>48</sup> 1906: "abandonándole"

<sup>49</sup> 1906: "saludarle"

<sup>50</sup> En 1898 el párrafo continúa sin separaciones hasta "estatua misteriosa"

<sup>51</sup> 1906: "sostenerle"

<sup>52</sup> 1906: "afligiale"

<sup>53</sup> 1906: "clarividente"

con una historia extraña que preocupó á Sosistrato. -He visto los cadáveres de las ciudades malditas, dijo una noche á su huésped; he mirado humear el mar como una hornalla, y he contemplado lleno de religioso-espanto la mujer de sal, la castigada esposa de Lot. La mujer está viva, hermano mío, y yo la he escuchado gemir y la he sentido sudar al sol del medio día.

-Cosa parecida cuenta Juvencus en su tratado De Sodoma, dijo en voz baja Sosistrato.

-Sí, conozco el pasaje, añadió el peregrino-. Algo más definitivo hay en él todavía. Y de ello resulta que la esposa de Lot ha continuado siendo mujer, yo he pensado que sería obra de caridad libertarla de su condena...

-Es la justicia de Dios, exclamó el solitario.

-No vino Cristo á redimir también con su sacrificio los pecados del antiguo mundo? replicó suavemente el viajero, que parecía docto en letras sagradas. Acaso el bautismo no lava lo mismo el pecado contra la Ley que el pecado contra el Evangelio?

Después de estas palabras, ambos se entregaron al sueño. Fue aquella la última noche que pasaron juntos. Al siguiente día el desconocido partió llevando consigo la bendición de Sosistrato; y no necesito decir que, á pesar de sus buenas apariencias, aquel fingido peregrino era Satanás en persona.

El proyecto del Maligno fue diabólicamente sutil. Una preocupación tenaz asaltó desde aquella noche maldita el espíritu del santo. Bautizar la estatua de sal,

-He visto los cadáveres de las ciudades malditas, dijo una noche a su huésped; he mirado humear el mar como una hornalla, y he contemplado lleno de espanto a la mujer de sal, la castigada esposa de Lot. La mujer está viva, hermano mío, y yo la he escuchado gemir y la he visto sudar al sol del mediodía.

—Cosa parecida cuenta Juvencus en su tratado *De Sodoma*, dijo en voz baja Sosistrato.

—Sí, conozco el pasaje -añadió el peregrino. Algo más definitivo hay en él todavía; y de ello resulta que la esposa de Lot ha seguido siendo fisiológicamente mujer. Yo he pensado que sería obra de caridad libertarla de su condena...

—Es la justicia de Dios -exclamó el solitario.

—¿No vino Cristo a redimir también con su sacrificio los pecados del antiguo mundo? — replicó suavemente el viajero que parecía docto en letras sagradas. ¿Acaso el bautismo no lava igualmente el pecado contra la Ley que el pecado contra el Evangelio?...

Después de estas palabras, ambos entregáronse al sueño. Fue aquélla la última noche que pasaron juntos. Al siguiente día el desconocido partió, llevando consigo la bendición de Sosistrato, y no necesito decir que, a pesar de sus buenas apariencias, aquel fingido peregrino era Satanás en persona.

El proyecto del maligno fue sutil. Una preocupación tenaz asaltó desde aquella noche el espíritu del santo. ¡Bautizar la estatua de sal, liberar de su suplicio aquel espíritu encadenado! La caridad lo exigía, la razón argumentaba. En

liberar de su terrible suplicio aquel espíritu encadenado! La caridad lo exigía imperiosamente. La razón oponía—sus argumentos más eficaces. En esta lucha transcurrieron largos meses, hasta que por fin el monje tuvo una visión. Un ángel se le apareció en sueños y le ordenó ejecutar el acto.

Sosistrato oró y ayunó tres días, y en la mañana del cuarto, apoyándose en su bordón de acacia, tomó, costeando el Jordán, el camino del Mar Muerto. La jornada no era larga, pero sus piernas cansadas á penas podían sostenerle. Así marchó durante dos días. Las fieles palomas continuaban alimentándolo como de ordinario, y él rezaba mucho, profundamente, pues aquella resolución le afligía en extremo. Por fin, cuando sus pies heridos por las espinas iban á faltarle, las montañas se abrieron de repente y el lago terrible apareció.

Los esqueletos de las ciudades destruidas iban poco á poco desvaneciéndose. Algunas grandes piedras quemadas era todo lo que restaba ya; trozos de arcos rectos, hileras de adobes carcomidos por la sal—y cimentados en betún endurecido. El monje reparó á penas en semejantes restos, que procuró evitar a fin de que sus pies no se manchasen á su contacto. De repente, todo su viejo cuerpo tembló. Acababa de percibir hacia el sur, fuera ya de los escombros ealeinados, en un recodo de las montañas desde el cual á penas se los percibía, la blanca silueta de la estatua misteriosa.

Inmóvil, bajo su manto petrificado que el tiempo había roído, era larga y fina como un fantasma. El sol

esta lucha transcurrieron meses, hasta que por fin el monje tuvo una visión. Un ángel se le apareció en sueños y le ordenó ejecutar el acto.<sup>50</sup>

Sosistrato oró y ayunó tres días, y en la mañana del cuarto, apoyándose en su bordón de acacia, tomó, costeando el Jordán, la senda del Mar Muerto. La jornada no era larga, pero sus piernas cansadas apenas podían sostenerlo.<sup>51</sup> Así marchó durante dos días. Las fieles palomas continuaban alimentándolo como de ordinario, y él rezaba mucho, profundamente, pues aquella resolución afligíalo<sup>52</sup> en extremo. Por fin, cuando sus pies iban a faltarle, las montañas se abrieron y el lago apareció.

Los esqueletos de las ciudades destruidas iban poco a poco desvaneciéndose. Algunas piedras quemadas, era todo lo que restaba ya: trozos de arcos, hileras de adobes carcomidos por la sal y cimentados en betún... El monje reparó apenas en semejantes restos, que procuró evitar a fin de que sus pies no se manchasen a su contacto. De repente, todo su viejo cuerpo tembló. Acababa de advertir hacia el sud, fuera ya de los escombros, en un recodo de las montañas desde el cual apenas se los percibía, la silueta de la estatua.

Bajo su manto petrificado que el tiempo había roído, era larga y fina como un fantasma. El sol brillaba con límpida incandescencia, calcinando

brillaba con límpida incandescencia, calcinando las rocas áridas, haciendo espejear la capa salina que cubría ~~las orillas y~~ las hojas de los terebintos. Aquellos arbustos, bajo la ~~—poderosa~~ reverberación meridiana, parecían de plata. En el cielo [¿pulidamente?] azul, no había una sola nube. Las agua amargas dormían en desoladora inmovilidad. Cuando el viento soplaba, podía escucharse, decían los peregrinos, cómo se lamentaban los espectros de las ciudades.

Sosistrato se aproximó á la estatua. El viajero había dicho verdad. Una humedad tibia cubría su rostro. Aquellos ojos blancos, aquellos labios blancos, estaban completamente inmóviles bajo la invasión de la piedra, en el profundo sueño de sus siglos. Ni el más leve indicio de vida salía de aquella roca. El sol la quemaba con tenacidad implacable, siempre igual desde hacía miles de años, y sin embargo, la ~~misteriosa~~ efigie estaba viva, puesto que sudaba! Semejante sueño resumía el misterio de los espantos bíblicos. ~~Nunca el castigo tomó más espantosa forma.~~ La cólera de Jehová había pasado sobre aquel extraño cadáver, formidable amalgama de carne y de peñasco. No era culpable temeridad el intento de turbar ese sueño? No caería el pecado de la mujer maldita sobre el insensato que procuraba redimirla? Despertar el misterio es una locura criminal, tal vez una tentación del infierno. Sosistrato, lleno de congoja, se arrodilló á orar en la sombra de un bosquecillo...

Cómo se verificó el acto, no os lo voy a decir. Sabed únicamente que cuando el agua sacramental cayó

las rocas, haciendo espejear la capa salobre que cubría las hojas de los terebintos. Aquellos arbustos, bajo la reverberación meridiana, parecían de plata. En el cielo no había una sola nube. Las aguas amargas dormían en su característica inmovilidad. Cuando el viento soplaba, podía escucharse en ellas, decían los peregrinos, cómo se lamentaban los espectros de las ciudades.

Sosistrato se aproximó a la estatua. El viajero había dicho verdad. Una humedad tibia cubría su rostro. Aquellos ojos blancos, aquellos labios blancos, estaban completamente inmóviles bajo la invasión de la piedra, en el sueño de sus siglos. Ni un indicio de vida salía de aquella roca. El sol la quemaba con tenacidad implacable, siempre igual desde hacía miles de años, y sin embargo, esa efigie estaba viva puesto que sudaba! Semejante sueño resumía el misterio de los espantos bíblicos. La cólera de Jehová había pasado sobre aquel ser, espantosa amalgama de carne y de peñasco. ¿No era temeridad el intento de turbar ese sueño? ¿No caería el pecado de la mujer maldita sobre el insensato que procuraba redimirla? Despertar el misterio es una locura criminal, tal vez una tentación del infierno. Sosistrato, lleno de congoja, se arrodilló a orar en la sombra de un bosquecillo...

Cómo se verificó el acto, no os lo voy a decir. Sabed únicamente que cuando el agua sacramental cayó sobre la estatua, la sal se

sobre la estatua, la sal se disolvió lentamente, y á los ojos del solitario apareció una mujer, vieja como la eternidad, envuelta en andrajos terribles, de una lividez de ceniza, flaca y temblorosa - llena de siglos. El monje que había visto al demonio sin miedo, sintió el pavor de aquella aparición. Era el pueblo réprobo lo que se levantaba en ella. Esos ojos vieron la combustión de los azufres llovidos por la cólera divina sobre la ignominia de las ciudades; esos andrajos estaban tejidos con el pelo de los camellos de Lot; esos pies hollaron las cenizas del incendio del Eterno! Y la espantosa mujer le habló con una voz que parecía encerrada bajo el peso de mil años.

Ya no recordaba nada. Sólo una vaga visión del incendio, un recuerdo tenebroso despertado á la vista de aquel mar. Su alma estaba vestida de confusión. Había dormido mucho, un sueño negro como el fondo del sepulcro. Sufría sin saber por qué en aquella ~~luz~~ ~~negra~~ sumersión de pesadilla. Ese monje ~~anciano~~ acababa de salvarla. Lo sentía. Era lo único claro en su visión reciente. Y el mar... el incendio... la catástrofe... las ciudades ardidadas... todo aquello se desvanecía en una clarovente visión de muerte. Iba á morir. Estaba salvada, pues. Y era el monje quien la había salvado!

Sosistrato temblaba espantoso. Una llama profundamente roja incendiaba sus pupilas. El pasado acababa de desvanecerse en él, como si el viento de fuego hubiera barrido su alma. ~~Ya no recordaba nada.~~ Y [ilegible] este convencimiento ocupaba su conciencia: la mujer de Lot estaba

disolvió lentamente, y a los ojos del solitario apareció una mujer, vieja como la eternidad, envuelta en andrajos terribles, de una lividez de ceniza, flaca y temblorosa, llena de siglos. El monje que había visto al demonio sin miedo, sintió el pavor de aquella aparición. Era el pueblo réprobo lo que se levantaba en ella. Esos ojos vieron la combustión de los azufres llovidos por la cólera divina sobre la ignominia de las ciudades; esos andrajos estaban tejidos con el pelo de los camellos de Lot; esos pies hollaron las cenizas del incendio del Eterno! Y la espantosa mujer le habló con su voz antigua.

Ya no recordaba nada. Sólo una vaga visión del incendio, una sensación tenebrosa despertada a la vista de aquel mar. Su alma estaba vestida de confusión. Había dormido mucho, un sueño negro como el sepulcro. Sufría sin saber por qué, en aquella sumersión de pesadilla. Ese monje acababa de salvarla. Lo sentía. Era lo único claro en su visión reciente. Y el mar... el incendio... la catástrofe... las ciudades ardidadas... todo aquello se desvanecía en una clara<sup>53</sup> visión de muerte. Iba a morir. Estaba salvada, pues. Y era el monje quien la había salvado!

Sosistrato temblaba, formidable. Una llama roja incendiaba sus pupilas. El pasado acababa de desvanecerse en él, como si el viento de fuego hubiera barrido su alma. Y sólo este convencimiento ocupaba su conciencia: *la mujer de Lot estaba allí!* El sol descendía hacia las montañas. Púrpuras de incendio manchaban el horizonte. Los días trágicos revivían en aquel aparato de llamaradas. Era como una

<p><u>allí</u> El sol descendía hacia las montañas. Púrpuras de incendio manchaban el horizonte. Los días trágicos revivían <u>en un formidable</u> aparato de llamaradas. Era como una resurrección del castigo, <del>memorable</del> reflejándose por segunda vez sobre las aguas del lago amargo. Sosistrato acababa de retroceder en los siglos. Recordaba. Había sido actor en la catástrofe. Y esa mujer... esa mujer le era conocida!</p>	<p>resurrección del castigo, reflejándose por segunda vez sobre las aguas del lago amargo. Sosistrato acababa de retroceder en los siglos. Recordaba. Había sido actor en la catástrofe. Y esa mujer... ¡esa mujer le era conocida!</p>
<p>Entonces <u>una</u> ansia espantosa le quemó las carnes. Su lengua habló, dirigiéndose á la espectral resucitada:</p>	<p>Entonces un ansia espantosa le quemó las carnes. Su lengua habló, dirigiéndose a la espectral resucitada:</p>
<p>-Mujer, respóndeme una sola palabra! -Habla... pregunta... -Responderás? -Sí, habla; me has salvado!</p>	<p>-Mujer, respóndeme una sola palabra. -Habla... pregunta... -Responderás? -Sí, habla; me has salvado!</p>
<p>Los ojos del anacoreta brillaron, como si en ellos se concentrase el <del>é</del>resplandor que incendiaba las montañas.</p>	<p>Los ojos del anacoreta brillaron, como si en ellos se concentrase el resplandor que incendiaba las montañas.</p>
<p>-Mujer, dime qué viste cuando tu rostro se volvió para mirar.</p>	<p>-<i>Mujer, dime qué viste cuando tu rostro se volvió para mirar.</i></p>
<p>Una voz anudada de angustia le respondió:</p>	<p>Una voz anudada de angustia, le respondió:</p>
<p>-Oh, no... Por Elohim, no quieras saberlo! -Dime qué viste! -No... no... Sería el abismo! -Yo quiero el abismo. -Es la muerte... -Dime qué viste! -No puedo... no quiero!... -Yo te he salvado. -No... no...</p>	<p>—Oh, no... Por Elohim, no quieras saberlo! —Dime qué viste! —No... no... Sería el abismo! —Yo quiero el abismo. —Es la muerte... —Dime qué viste! —No puedo... no quiero! —Yo te he salvado. —No... no...</p>
<p>El sol acababa de ponerse.</p>	<p>El sol acababa de ponerse.</p>

<p>-Habla!</p> <p>La mujer se aproximó. Su voz parecía cubierta de polvo; se apagaba, se crepusculizaba, agonizando.</p> <p>-Por las cenizas de tus padres!...</p> <p>-Habla!</p> <p>Entonces aquel <u>cadáver</u> aproximó su boca al oído del cenobita, y dijo una palabra. Y Sosistrato, fulminado, anonadado, sin arrojar un grito, cayó muerto. Roguemos a Dios por su <u>alma!</u></p>	<p>—Habla!</p> <p>La mujer se aproximó. Su voz parecía cubierta de polvo; se apagaba, se crepusculizaba, agonizando.</p> <p>— Por las cenizas de tus padres!...</p> <p>—Habla!</p> <p>Entonces aquel espectro aproximó su boca al oído del cenobita, y dijo una palabra. Y Sosistrato, fulminado, anonadado, sin arrojar un grito, cayó muerto. Roguemos a Dios por su alma.</p>
--	--

<u>Acheronthia Athropos (1899)</u>	<u>Viola Acherontia (1926)</u>
<p>Une tulipe! s'ecria le viellard courroucé, une tulipe!, ce symbole de l'orgueil et de la luxure qui ont engendré dans la malhereuse cité de Witt[ilegible]mberg la détestable héredité [¿?] de Luther et de Mélancton<sup>54</sup></p> <p>(L.Bertraud-<i>Le Marchand de tulipes</i>)</p> <p>Lo que deseaba aquel extraño jardinero, era crear la flor de la muerte. Sus <u>tentativas remontaban</u> a diez años <u>de fecha, sin haber conseguido nada</u>, porque considerando al vegetal sin alma, <u>ateníanse</u> exclusivamente a la plástica. Injertos, combinaciones, influencias recíprocas de las plantas unas sobre otras – de todo había ensayado.</p> <p>La producción de la rosa negra <u>le ocupó</u> durante dos años, pero nada sacó de sus investigaciones <u>y experiencias</u>. Después, <u>le ocuparon</u> las pasionarias y los tulipanes, <u>pero solo llegó a producir ejemplares</u></p>	<p>Lo que deseaba aquel extraño jardinero, era crear la flor de la muerte. Sus tentativas remontaban a diez años, con éxito negativo siempre, porque considerando al vegetal sin alma, ateniase exclusivamente a la plástica. Injertos, combinaciones, todo había ensayado. La producción de la rosa negra ocupó un tiempo; pero nada sacó de sus investigaciones. Después interesáronlo las pasionarias y los tulipanes, con el único resultado de dos o tres ejemplares monstruosos, hasta que Bernardin de Sain-Pierre lo<sup>55</sup> puso en el buen camino, enseñándole como puede haber analogías entre la flor y la mujer encinta, supuestas ambas capaces de recibir por “antojo” imágenes de los objetos deseados.<sup>56</sup></p>

<sup>54</sup> Esta dedicatoria solo aparece en 1899, lo mismo que el título, que ya en 1906 se cambia a “Viola acherontia”

<sup>55</sup> 1906: “le”

<sup>56</sup> En 1899 el párrafo continúa sin divisiones hasta “en la germinación”

<p><u>monstruosos e inconsistentes.</u> Bernardin de Saint-Pierre <u>le</u> puso en el buen camino, enseñándole <u>las analogías que puede haber</u> entre la flor y la mujer en cinta, supuestas ambas capaces para recibir por “antojo” imágenes de los objetos deseados.</p> <p>Aceptar <u>esta audaz teoría</u>, equivalía a <u>conceder</u> a la planta <u>un mental</u> suficientemente elevado para recibir, concretar y conservar una impresión, en una palabra, para sugestionarse con una intensidad parecida a la de un organismo <u>superior</u>. Esto <u>era precisamente lo</u> que había llegado a <del>constatar</del> nuestro jardinero. Según él, la marcha de los vástagos en las enredaderas obedecía <u>a deliberaciones previas</u>, seguidas por resoluciones que daban origen a una serie de tanteos: de <u>ahí</u> las curvas <u>a</u> acodamientos, caprichosos al parecer, las diversas orientaciones y adaptaciones a diferentes planos, <u>ejecutadas por las guías y las raíces</u>. <u>Un sencillo sistema nervioso presidía esas oscuras funciones</u>. Había también en cada planta su bulbo cerebral y su corazón rudimentario, <u>situados respectivamente en la raíz y en el tronco</u>. La semilla, es decir el ser resumido para la procreación, lo dejaba ver con toda claridad. El embrión de una nuez tiene la misma forma del corazón, siendo</p>	<p>Aceptar este audaz postulado, equivalía a suponer en la planta un estado mental suficientemente elevado para recibir, concretar y conservar una impresión; en una palabra, para sugestionarse con intensidad parecida a la de un organismo inferior. Esto era, precisamente, lo que había llegado a comprobar nuestro jardinero.</p> <p>Según él, la marcha de los vástagos en las enredaderas obedecía a una deliberación seguida por resoluciones que daban origen a una serie de tanteos. De aquí las curvas y acodamientos, caprichosos al parecer, las diversas orientaciones y adaptaciones a diferentes planos, que ejecutan guías, los gajos, las raíces. Un sencillo sistema nervioso presidía esas oscuras funciones. Había también en cada planta su bulbo cerebral y su corazón rudimentario, situados respectivamente en el cuello de la raíz y en el tronco. La semilla, es decir el ser resumido para la procreación, lo dejaba ver con toda claridad. El embrión de una nuez tiene la misma forma del corazón, siendo asaz parecida al cerebro la de los cotiledones. Las dos hojas rudimentarias que salen de dicho embrión, recuerdan con bastante claridad dos ramas bronquiales cuyo oficio desempeñan la germinación.</p>
---	---

<sup>57</sup> Este único párrafo de 1906 y 1926, está, en 1899, dividido en dos párrafos, que ocupan desde “Las analogías” hasta “(B. de Saint-Pierre)” y se separan entre “estrellas” y “La sugestión”.

<sup>58</sup> 1906: “hediondas...”

<sup>59</sup> 1906: “cortésias casi humildes”

<sup>60</sup> 1906: “él comporta”

<sup>61</sup> En 1899, el párrafo comienza en “Primeramente” y continúa, sin interrupciones, hasta “la interesante”

<sup>62</sup> 1906: “se reduce”

<sup>63</sup> 1906: “inversos”.

<sup>64</sup> En 1899 hay una corrección manuscrita, donde se tacha “los”, y se sobrescribe “algunos”.

<sup>65</sup> En 1899, la expresión que expresión sustituye a la nomenclatura latina de esta flor va manuscrita en uno de los márgenes de las columnas del cuento.

<sup>66</sup> En 1906, a esta frase le sigue otra, ausente en 1926: “el hombre se ha quejado siempre de lo mismo”.

asombrosamente parecidos al cerebro humano los cotiledones. Las dos hojas rudimentarias que salen de aquel embrión, recuerdan con bastante claridad dos ramas bronquiales, cuyo oficio verá desempeñar en la germinación.

Las analogías de forma suponen siempre analogías de fondo. El cráneo imita la bóveda celeste, y los sensitivos hipnotizados dice de Rochas ven relumbrar las células cerebrales en actividad, como si fueran estrellas.

La sugestión tiene una influencia enorme sobre la forma de los seres. Algunos clarividentes de la historia natural, como Michelet, Elías Fries y Bacon, presienten esta verdad que la experiencia confirma luego. El inteligente y nervioso mundo de los insectos, lo prueba del todo. Los pájaros ostentan colores más brillantes en los países cuyo cielo es siempre puro (Gould). Los gatos blancos y de ojos azules, son comúnmente sordos (Darwin). El maquereau lleva fotografiadas sobre el fondo argentado de su dorso las olas verdes del mar (Strindberg). El girasol mira constantemente al astro del día, y reproduce con fidelidad admirable su núcleo, sus rayos y sus manchas (B. de Saint-Pierre).

He aquí un punto de partida. La voluntad del vegetal podría confirmarse todavía. Bacon, en el libro—II, § XLVIII del *Novum Organum* establece que el canelero y otros odoríferos, colocados cerca de lugares fétidos, retienen más obstinadamente su aroma, rehusando su emisión, para impedir que se mezcle con las materias fétidas. Lo que intentaba el extraordinario jardinero con quien iba a verme, era

Las analogías morfológicas, suponen casi siempre otras de fondo;<sup>57</sup> y por esto la sugestión ejerce una influencia más vasta de lo que se cree sobre la forma de los seres. Algunos clarividentes de la historia natural, como Michelet y Fries, presintieron esta verdad que la experiencia va confirmando. El mundo de los insectos, pruébalo enteramente. Los pájaros ostentan colores más brillantes en los países cuyo cielo es siempre puro (Gould). Los gatos blancos y de ojos azules, son comúnmente sordos (Darwin). Hay peces que llevan fotografiadas en la gelatina de su dorso, las olas del mar (Strindberg). El girasol mira constantemente al astro del día, y reproduce con fidelidad su núcleo, sus rayos y sus manchas (Saint-Pierre).

He aquí un punto de partida. Bacon en su *Novum Organum* establece que el canelero y otros odoríferos colocados cerca de lugares fétidos, retienen obstinadamente el aroma, rehusando su emisión, para impedir que se mezcle con las exhalaciones graves...<sup>58</sup>

Lo que ensayaba el extraordinario jardinero con quien iba a verme, era una sugestión sobre las violetas. Habíalas encontrado singularmente nerviosas, lo cual demuestra, agregaba, la afección y el horror siempre exagerados que les profesan las histéricas, y quería llegar a hacerlas

una sugestión sobre las violetas. Quería grabar una calavera sobre sus pétalos, crear, como he dicho, la flor de la muerte.

Encontré a un anciano de porte sencillo que me recibió con cortesías casi humildes. Estaba enterado ya de mis pretensiones, por lo cual inmediatamente se entabló conversación sobre el tema que nos acercaba.

Le hallé melancólico, pero entusiasta. Quería a sus flores como un amante, habiendo llegado a la adoración por ellas en sus diez años de incesante observación. Las hipótesis y datos escritos más arriba, fueron la introducción de nuestro diálogo. Como el hombre hallara en mí un conocedor, se encontró más a sus anchas, y después de exponerme con rara precisión la teoría sugestiva a que me he referido, me invitó a conocer sus violetas.

Estaban al extremo del jardín, disimuladas por espesos árboles, en una especie de plazoleta, rodeada de plantas extrañas. Ocupaban tres macetas de tierra, y entre las anchas hojas sobresalían sus corolas que al pronto tomé por pensamientos, pues eran negras.

-Violetas negras!- exclamé asombrado.

-Sí, pues; habría que empezar por el color para que *la idea* fúnebre se grabara mejor en ellas.

-Además no tienen perfume, añadí -dispuesto a no asombrarme para no desmerecer ante mi singular

emitir un tósigo mortal sin olor alguno: una ponzoña fulminante e imperceptible. Qué se proponía con ello, si no era puramente una extravagancia, permaneció siempre misterioso para mí.

Encontré un anciano de porte sencillo, que me recibió con cortesía casi humilde<sup>59</sup>. Estaba enterado de mis pretensiones, por lo cual entablamos acto continuo la conversación sobre el tema que nos acercaba.

Quería sus flores como un padre, manifestando fanática adoración por ellas. Las hipótesis y datos consignados más arriba, fueron la introducción de nuestro diálogo; y como el hombre hallara en mí un conocedor, se encontró más a sus anchas. Después de haberme expuesto sus teorías con rara precisión, me invitó a conocer sus violetas.

—He procurado —decía mientras íbamos, llevarlas a la producción del veneno que deben exhalar, por una evolución de su propia naturaleza; y aunque el resultado ha sido otro, comporta<sup>60</sup> una verdadera maravilla; sin contar con que no desespero de obtener la exhalación mortífera. Pero ya hemos llegado; véalas usted.

Estaban al extremo del jardín, en una especie de plazoleta rodeada de plantas extrañas. Entre las hojas habituales, sobresalían sus corolas que al pronto tomé por pensamientos, pues eran negras.

—Violetas negras!— exclamé.

—Sí, pues; había que empezar por el color, para que *la idea* fúnebre se grabara mejor en ellas. El negro es, salvo alguna fantasía china, el color natural del luto, puesto que lo es de la noche — vale decir de la tristeza, de la disminución vital y del sueño, hermano de la muerte. Además estas flores no tienen perfume, conforme a mi

interlocutor- inclinándome sobre las flores.

-Es un efecto de correlación; el color negro parece adverso al perfume, y así tiene usted que sobre 1193 especies conocidas de flores blancas, hay 175 perfumadas y 12 fétidas; mientras que sobre 18 especies de flores negras, hay 17 inodoras y una fétida. Pero ese no es el punto interesante del asunto. Lo maravilloso, si se consiguiera, sería la imagen...

- La cabeza del muerto?

-Sí, la calavera.

-Y cómo espera Vd. obtenerlo?

-Helo aquí, en breves palabras: Estoy convencido, ante todo, de que es posible. Delo usted por sabido también, y así, nos evitamos discusiones de detalle.

Primeramente, debo proporcionar a mi flor un medio favorable al desarrollo y permanencia de la idea fúnebre; luego, sugerirle esta idea por medio de una sucesión de fenómenos; después, poner su sistema nervioso en estado de recibir la imagen y fijarla; y por último, proyectar materialmente sobre ella la referida imagen operando una especie de fotografía.

Las violetas que tiene Vd. delante,

propósito, y éste es otro resultado producido por un efecto de correlación. El color negro parece ser, en efecto, adverso al perfume; y así tiene usted que sobre mil ciento noventa y tres especies de flores blancas, hay ciento setenta y cinco perfumadas y doce fétidas; mientras que sobre dieciocho especies de flores negras, hay diecisiete inodoras y una fétida.

Pero esto no es lo interesante del asunto. Lo maravilloso está en otro detalle, que requiere, desgraciadamente, una larga explicación...

—No tema usted, respondí; mis deseos de aprender son todavía mayores que mi curiosidad.

—Oiga usted, entonces, como he procedido:

Primeramente,<sup>61</sup> debí proporcionar a mis flores un medio favorable para el desarrollo de la idea fúnebre; luego, sugerirles esta idea por medio de una sucesión de fenómenos; después poner su sistema nervioso en estado de recibir la imagen y fijarla; por último, llegar a la producción del veneno, combinando en su ambiente y en su savia diversos tósigos vegetales. La herencia se encargaría del resto.

Las violetas que usted ve, pertenecen a una

pertenecen a una misma familia, cultivada bajo el régimen planteado, desde hace diez años. Algunos cruzamientos, indispensables para prevenir la degeneración, deben de haber obstaculizado el éxito final de mi tentativa. Y digo éxito final porque conseguir la violeta negra es ya un resultado relativo.

Sin embargo, ello no es difícil; se reduce a una serie de manipulaciones en que entra por base el carbono con el objeto de obtener una variedad de anilina. Suprimo el detalle de las molestas investigaciones a que debí entregarme sobre las toluidinas y xilenos, cuyas enormes series me llevarían muy lejos, vendiendo, por otra parte, mi secreto. Puedo darle, no obstante, un indicio: el origen de los colores que llamamos anilinas, es una combinación de hidrógeno y carbono; el trabajo químico posterior se reduce a fijar oxígeno y nitrógeno, produciendo los álcalis artificiales cuyo tipo es la anilina, y obteniendo derivados luego. Algo semejante he hecho yo... Pero vamos a la experiencia actual, que es la interesante.

La sugestión que ensayo sobre mis flores, es muy difícil de operar, pues la planta tiene su cerebro debajo de la tierra; es un ser invertido. Por esto he fiado más en la influencia del medio como elemento capital. Obtenido el color negro de las violetas, estaba dada la primera nota fúnebre. Planté luego alrededor los vegetales que usted ve: estramonio, jazmín y belladona. Las macetas de

familia cultivada bajo ese régimen durante diez años.

Algunos cruzamientos, indispensables para prevenir la degeneración, han debido retardar un tanto el éxito final de mi tentativa. Y digo éxito final, porque conseguir la violeta negra e inodora, es ya un resultado.

Sin embargo, ello no es difícil; redúcese<sup>62</sup> a una serie de manipulaciones en las que entra por base el carbono con el objeto de obtener una variedad añilina. Suprimo el detalle de las investigaciones a que debí entregarme sobre las toluidinas y los xilenos, cuyas enormes series me llevarían muy lejos, vendiendo por otra parte mi secreto. Puedo darle, no obstante, un indicio: el origen de los colores que llamamos añilinas, es una combinación de hidrógeno y carbono; el trabajo químico posterior, se reduce a fijar oxígeno y nitrógeno, produciendo los álcalis artificiales cuyo tipo es la añilina, y obteniendo derivados después. Algo semejante he hecho yo. Usted sabe que la clorófila es muy sensible, y a esto se debe más de un resultado sorprendente. Exponiendo matas de hiedra a la luz solar, en un sitio donde ésta entraba por aberturas romboidales solamente, he llegado a alterar la forma de su hoja, tan persistente, sin embargo, que es el tipo geométrico de la curva cisoides; y luego, es fácil observar que las hierbas rastreras de un bosque, se desarrollan imitando los arabescos de la luz a través del ramaje...

Llegamos ahora al procedimiento capital. La sugestión que ensayo sobre mis flores es muy difícil de efectuar, pues las plantas tienen su cerebro debajo de la tierra: son seres inversos.<sup>63</sup> Por esto me he fijado más en la influencia del medio como elemento fundamental. Obtenido el color negro de las violetas, estaba conseguida la primera nota fúnebre. Planté luego en torno, los vegetales que usted ve: estramonio, jazmín y belladona. Mis violetas quedaban, así, sometidas a influencias química y

las flores observadas, comunican con la tierra en que prosperan, las citadas plantas. Mis violetas están, pues, sometidas a influencias, químicas y fisiológicamente fúnebres. La solanina es un veneno narcótico, y la daturina encierra atropina y hioscyamina, dos alcaloides cuyo efecto concurre a dilatar las pupilas, produciendo la megalopsia o sea el agrandamiento de los objetos: como era necesario intensificar este fenómeno todo lo posible, planté además el beleño, cuyo veneno radical es precisamente la hioscyamina. Estoy, pues, en condiciones de producir sobre mi flor una verdadera megalopsia.

—¿Y de qué sirve eso puesto que la flor no tiene ojos?, pregunté.

—Amigo mío, no se ve únicamente con los ojos, respondió el anciano. Los hipnóticos ven con los dedos de la mano y con las plantas de los pies. No olvide Vd. que se trata aquí de una sugestión.

Mis labios rebosaban de objeciones científicas; pero callé, por ver hasta dónde iba a llevarnos el desarrollo de tan singular teoría.

—La solanina y la daturina, prosiguió mi interlocutor, se aproximan mucho a los venenos cadavéricos, ptomainas y leucomainas, que exhalan olores de jazmín y de rosa. Si la belladona y el estramonio me dan aquellos cuerpos, el olor de estos es suministrado por el jazmín cercano y esta rosa cuyo perfume aumento, conforme a una observación de de Candolle, sembrando cebollas en sus cercanías. El cultivo de las rosas está ahora muy adelantado, pues los ingertos han hecho prodigios; en tiempo de Shakespeare se ingertaron recién las

fisiológicamente fúnebres. La solanina es, en efecto, un veneno narcótico; así como la daturina contiene hioscyamina y atropina, dos alcaloides dilatadores de la pupila que producen la megalopsia, o sea el agrandamiento de los objetos. Tenía, pues, los elementos del sueño y de la alucinación, es decir dos productores de pesadillas; de modo que a los efectos específicos del color negro, del sueño y de las alucinaciones, se unía el miedo. Debo añadirle que para redoblar las impresiones alucinantes, planté además el beleño, cuyo veneno radical es precisamente la hioscyamina.

—¿Y de qué sirve puesto que la flor no tiene ojos? —pregunté.

—Ah señor, no se ve únicamente con los ojos —replicó el anciano—. Los sonámbulos ven con los dedos de la mano y con la planta de los pies. No olvide usted que aquí se trata de una sugestión.

Mis labios rebosaban de objeciones; pero callé, por ver hasta dónde iba a llevarnos el desarrollo de tan singular teoría.

—La solanina y la daturina, prosiguió mi interlocutor se aproximan mucho a los venenos cadavéricos — ptomainas y leucomainas — que exhalan los olores de jazmín y de rosa. Si la belladona y el estramonio me dan aquellos cuerpos, el olor está suministrado por el jazminero y por ese rosal cuyo perfume aumento, conforme a una observación de de Candolle, sembrando cebollas en sus cercanías. El cultivo de las rosas está ahora muy adelantado, pues los ingertos han hecho prodigios; en tiempo de Shakespeare se ingertó recién las primeras rosas en Inglaterra...

primeras rosas en Inglaterra.

Aquel recuerdo, que tendía a halagar visiblemente mis inclinaciones literarias, me enterneció.

-Prosiga Vd. su hermoso relato, dije compensando con el adjetivo la cortesía del viejo horticultor.

-Queriendo extremar aun la influencia sobre mis flores, he mezclado a los narcóticos, plantas cadavéricas: los arum, atapelia, orchis, etc., cuyo olor y color recuerdan perfectamente los del cadáver. Las violetas sobreexcitadas ya por su exaltación amorosa natural, aspiran el perfume de los venenos cadavéricos, más el olor del cadáver mismo; sufren la influencia soporífica de los narcóticos que las predisponen a la hipnosis y tienen considerablemente sutilizada la facultad visual. El medio no puede estar mejor preparado y la sugestión fúnebre empieza a operarse por la vecindad de las plantas mencionadas. Aquellas potencias vegetales que la circundan ponen a la flor en un estado de sensibilidad muy grande, que aumento, aproximándole cada dos días, una mata de valeriana y de *Delphinium ajacis*, cuyo cianuro la irrita notablemente. El etileno de la rosa, creo que también ejerce su influencia...

Llegamos aquí al momento crítico. De qué manera es preciso proyectar la imagen sobre la flor en cuyos pétalos intento grabarla? Una larga serie de ensayos infructuosos me ha conducido al presente. El vehículo mejor para operar esta fotografía, es la mirada: forma usted la imagen en su cerebro, y a través del cristal de su pupila la proyecta. La clorofila es muy sensible: yo he

Aquel recuerdo que tendía a halagar visiblemente mis inclinaciones literarias, me conmovió.

—Permítame, dije, que admire de paso su memoria verdaderamente juvenil.

—Para extremar aun la influencia de mis flores, continuó él sonriendo vagamente, he mezclado a los narcóticos plantas cadavéricas. Algunos<sup>64</sup> arum y orchis, una stapelia aquí y allá, pues sus olores y colores recuerdan los de la carne corrompida. Las violetas sobreexcitadas por su excitación amorosa natural, dado que la flor es un órgano de reproducción, aspiran el perfume de los venenos cadavéricos añadido al olor del cadáver mismo; sufren la influencia soporífica de los narcóticos que las predisponen a la hipnosis, y la megalopsia alucinante de los venenos dilatadores de la pupila. La sugestión fúnebre comienza así a efectuarse con toda intensidad; pero todavía aumento la sensibilidad anormal en que la flor se encuentra por la intermediación de esas potencias vegetales, aproximándole de tiempo en tiempo una mata de valeriana y de espuelas de caballero<sup>65</sup> cuyo cianuro la irrita notablemente. El etileno de la rosa colabora también en este sentido.

Llegamos ahora al punto culminante del experimento, pero antes deseo hacerle esta advertencia: el ¡ay! humano es un grito de la naturaleza.

Al oír este brusco aparte, la locura de mi personaje se me presentó evidente; pero él, sin darme tiempo a pensarlo bien siquiera, prosiguió:

—El ¡ay! es, en efecto, una interjección de

llegado a modificar yo he llegado la forma de la hoja de hiedra, que es geométrica y es denominada cisoides, no dejando penetrar el sol hasta la planta sino a través de aberturas romboidales. El resultado no se hizo esperar: las hojas se trocaron en rombos. La Naturaleza ejecuta esto en grande a la sombra de los bosques. Las hierbas rastreras, que crecen debajo de los árboles, se desarrollan imitando los arabescos trazados por la luz en el suelo, a través de los follajes. Yo pretendo imitar este procedimiento, haciendo de mi ojo el objetivo que ha de proyectar la imagen sobre la flor.

—Y el resultado?

El anciano se puso triste y una húmeda niebla cubrió sus ojos.

—El resultado es negativo hasta ahora, desgraciadamente. Y mire V., estoy seguro de que la imagen, la calavera, se fotografía sobre mis violetas. Lo que no sé, lo que no puedo encontrar, es el revelador para desenvolverla. Son tan finos estos pétalos, que la más mínima partícula de sal los desorganiza.

Inclinado sobre sus flores, el viejo horticultor las miraba amorosamente, casi tocándolas con los labios. Su tristeza aumentaba, las palabras se anudaban en la garganta.

—Diez años! decía, diez años! Ya estoy viejo. Ve vd.? Yo no tengo más familia que estas violetas; ellas son mis hermanas, mis hijas... un poco mis mujeres, quizá! Lo que intento hacer de ellas nada tiene que ver con mi orgullo. Las quiero célebres, únicamente para gozarme en triunfo. Pero estoy viejo ya, muy viejo, y voy a morir, probablemente

todos los tiempos.<sup>66</sup> Pero lo curioso es que entre los animales sucede también así. Desde el perro, un vertebrado superior, hasta la esfinge calavera, una mariposa, el ¡ay! es una manifestación de dolor y de miedo. Precisamente el extraño insecto que acabo de nombrar y cuyo nombre proviene de que lleva dibujada una calavera en el coselete, recuerda bien la fauna lúgubre en la cual el ¡ay! es común. Fuera inútil recordar a los búhos; pero sí debe mencionarse a ese extraviado de las selvas primitivas, el perezoso, que parece llevar el dolor de su decadencia en el ¡ay! específico al cual debe uno de sus nombres...

Y bien; exasperado por mis diez años de esfuerzos, decidí realizar ante las flores escenas crueles que las impresionaran más aún, sin éxito también; hasta que un día...

...Pero aproxímese, juzgue por usted mismo.

Su cara tocaba las negras flores, y casi obligado hice lo propio. Entonces —cosa inaudita— me pareció percibir débiles quejidos. Pronto hube de convencerme. Aquellas flores se quejaban en efecto, y de sus corolas oscuras surgía una pululación de pequeños ayes muy semejantes a los de un niño. La sugestión habíase operado en forma completamente imprevista, y aquellas flores, durante toda su breve existencia, no hacían sino llorar.

Mi estupefacción había llegado al colmo, cuando de repente una idea terrible me asaltó. Recordé que al decir de las leyendas de hechicería, la mandrágora llora también cuando se la ha regado con la sangre de un niño; y con una sospecha que me hizo palidecer horriblemente, me incorporé.

—Como las mandrágoras —dije.

<p><u>sin encontrar el revelador.... lo único que me falta!</u></p> <p><u>Una lágrima, una vieja lágrima en que estaban condensadas sin duda la ansiedad y amargura de diez años, se descolgó de su párpado, cayendo sobre una de las violetas.</u></p> <p><u>Y el prodigio esperado por aquel hombre, el prodigio inaudito que su loca imaginación deseaba, se efectuó.</u></p> <p><u>La cabeza de muerto, la calavera, apareció sobre el negro pétalo, nítidamente, no mayor que un grano de trigo, pues el revelador esperado se descubría por fin, en la gota amarga de una lágrima....</u></p> <p><u>El final de este cuento es triste, por desgracia.</u></p> <p><u>El anciano jardinero se murió sin haber conseguido producir otra violeta de la muerte. En vano ensayó todas las combinaciones salinas, semejantes a las de las lágrimas. Las negras florecillas permanecieron indiferentes.</u></p> <p><u>Y el hombre se murió, porque cuando un día, agotados todos los medios para hallar el revelador encontrado en un instante de pena, —quiso llorar, advirtió que el goce ocasionado por su descubrimiento, se lo impedía.</u></p>	<p>—Como las mandrágoras —repitió él, palideciendo aún más que yo.</p> <p>Y nunca hemos vuelto a vernos. Pero mi convicción de ahora es que se trata de un verdadero bandido, de un perfecto hechicero de otros tiempos, con sus venenos y sus flores de crimen.</p> <p>Llegará a producir la violeta mortífera que se propone? Debo entregar su nombre maldito a la publicidad?...</p>
--	---

El Psychon (1898)	El Psychon (1926)
<p>El doctor Paulin, conocido ventajosamente en el mundo científico por el descubrimiento del electróscopo, el electroide y el espejo negro de los cuales hablaremos algún día, llegó a esta capital, hará próximamente <u>dos</u> años,</p>	<p>El doctor Paulin, ventajosamente conocido en el mundo científico por el descubrimiento del telectrósopo, el electroide y el espejo negro de los cuales hablaremos algún día, llegó a esta capital hará próximamente <u>ocho</u> años,</p>

de incógnito, para evitar manifestaciones que su exagerada modestia encontraba inmerecidas. Nuestros médicos y hombres de ciencia leerán correctamente el nombre verdadero del personaje, que disimulo bajo un patronímico supuesto, tanto por carecer de autorización para publicarlo, cuanto porque el extraordinario desenlace de este relato, ocasionaría polémicas que mi ignorancia me impediría sostener, en campo estrictamente científico.

Mi reumatismo desapareció mediante quince días de tratamiento helioterápico (sistema curativo inventado por el doctor Paulin); y el agradecimiento hacia mi médico que no quiso aceptar retribución alguna, unido al interés que sus experiencias nos causaban, convirtió nuestra relación en amistad desarrollando el más sincero afecto.

Una rápida ojeada preliminar sobre las mencionadas experiencias servirá de introducción explicativa, necesaria para la mejor comprensión de lo que sigue.

El Dr. Paulin era, ante todo, un físico distinguido. Discípulo de Wroblewski en la universidad de Cracovia, habíase dedicado con preferencia al estudio de la licuación de los gases, problema que planteado imaginativamente por Lavoisier, debía ser resuelto por Faraday, Cagniard-Latour y Thilorier años más tarde. Pero no era este el único género de investigaciones en que descollaba la capacidad científica del Dr. Paulin; había llegado muy lejos por los mal conocidos senderos de la terapéutica sugestiva, siendo digno emulo de los Golló, Charcot, Damontallier, Landolt, Regnard, Luys, etc. Louis Lucas era uno desos maestros favoritos y aparte

de incógnito, para evitar manifestaciones que su modestia repudiaba. Nuestros médicos y hombres de ciencia leerán correctamente el nombre del personaje, que disimulo bajo un patronímico supuesto, tanto por carecer de autorización para publicarlo, cuanto porque el desenlace de este relato ocasionaría polémicas, que mi ignorancia no sabría sostener en campo científico.

Un reumatismo vulgar, aunque rebelde a todo tratamiento, me hizo conocer al doctor Paulin cuando todavía era aquí un forastero. Cierta amigo, miembro de una sociedad de estudios psíquicos a quien venía recomendado desde Australia el doctor, nos puso en relación. Mi reumatismo desapareció mediante un tratamiento helioterápico original del médico; y la gratitud hacia él, tanto como el interés que sus experiencias me causaban, convirtió nuestra aproximación en amistad, desarrollando un sincero afecto.

Una ojeada preliminar sobre las mencionadas experiencias servirá de introducción explicativa, necesaria para la mejor comprensión de lo que sigue.

El doctor Paulin era, ante todo, un físico distinguido. Discípulo de Wroblewski en la universidad de Cracovia, habíase dedicado con preferencia al estudio de la licuación de los gases, problema que planteado imaginativamente por Lavoisier, debía quedar resuelto luego por Faraday, Cagniard-Latour y Thilorier. Pero no era este el único género de investigaciones en que sobresalía el doctor. Su profesión se especializaba en el mal conocido problema de la terapéutica sugestiva, siendo digno émulo de los Charcot, los Dumontpallier, los Landolt, los Luys; y aparte el sistema helioterápico citado más arriba, mereció ser consultado por Guimbail y por Branly repetidas veces, sobre temas tan

el sistema de la helioterapia citado más arriba, mereció ser consultado por Brandly y per Guimbail repetidas veces, sobre temas tan delicados como el de la conductividad de los neurones, cuya ley determinada recientemente por ambos sabios, es uno de los más hermosos triunfos de las ciencia.

El Dr. Paulin adolecía, sin embargo, de un defecto grave: era espiritualista, teniendo, para mayor pena, la franqueza de confesarlo. Siempre recordaré a este respecto el final de una carta, que dirigió el mes pasado el profesor Elmer Gates, de Washington, contestando otra en que éste le comunicaba particularmente sus experiencias sobre la sugestión en los perros y sobre la «dirigación», o sea la acción modificadora ejercida por la voluntad en determinadas partes del organismo.

Y bien, sí, decía el doctor tenéis razón en vuestras conclusiones, que acabo de ver publicadas, así como el relato de vuestras experiencias, en el *New York Medical Times*. El espíritu es quien rige los tejidos orgánicos y las funciones fisiológicas, porque es él quien crea esos tejidos asegurando su actividad vital. Así lo decís, y bien sabéis si me siento inclinado a compartir vuestra opinión. Los tiempos son de lucha; es menester profesar valientemente nuestras ideas si queremos presenciar pronta la victoria!...

Así, el Dr. Paulin era mirado de reojo por las academias. Como a Crookes, como a de Rochas, le aceptaban con grandísimas sospechas. Solo faltaba la estampilla materialista para que le expidieran su diploma de sabio.

¿Por qué estaba el Dr. Paulin en Buenos

delicados como la conductividad de los neurones, cuya ley recién determinada entonces por ambos sabios, era el caso palpitante de la ciencia.

Forzoso es confesar, no obstante, que el doctor Paulín adolecía de un defecto grave. Era espiritualista, teniendo, para mayor pena, la franqueza de confesarlo. Siempre recordaré a este respecto el final de una carta, que dirigió en julio del 98, al profesor Elmer Gates, de Washington, contestando otra en la cual éste le comunicaba particularmente sus experiencias sobre la sugestión en los perros y sobre la “dirigación”, o sea la acción modificadora ejercida por la voluntad sobre determinadas partes del organismo.

“Y bien, sí, decía el doctor; tenéis razón para vuestras conclusiones que acabo de ver publicadas junto con el relato de vuestras experiencias, en el *New York Medical Times*. El espíritu es quien rige los tejidos orgánicos y las funciones fisiológicas, porque es él quien crea esos tejidos y asegura su facultad vital, ya sabéis si me siento inclinado a compartir vuestra opinión”, etc.

Así, el doctor Paulin era mirado de reojo por las academias. Como a Crookes, como a de Rochas, lo<sup>67</sup> aceptaban con agudas sospechas. Sólo faltaba la estampilla materialista para que le expidieran su diploma de sabio.

¿Por qué estaba en Buenos Aires el doctor

<sup>67</sup> 1906: “aceptaban”

<p>Aires? <u>Según lo supe</u>, a causa de una expedición científica con que procuraba coronar una serie de estudios botánicos aplicados a la medicina. Algunas plantas, que por mi intermedio consiguió, <u>obtener del interior</u>, entre otras la <i>jarilla</i>, cuyas propiedades <u>como emenagogo</u> habíale yo descrito, <u>fueron motivo</u> para una súplica a que su amabilidad defirió <u>del mejor modo</u>. Le pedí autorización para <u>presenciar</u> sus experimentos, siendo testigo de ellos desde entonces.</p> <p>Tenía el doctor, en el <u>pasaje... un bien provisto</u> laboratorio al cual se llegaba por la sala de consultas. Todos cuantos le conocieron, recordarán perfectamente este y otros detalles, pues nuestro hombre era tan sabio como franco y no hacía un misterio de su existencia. <u>Fue</u> en aquel laboratorio donde una noche, hablando con el doctor sobre las prescripciones rituales que afectan a los <u>sacerdotes de las distintas religiones</u>, obtuve una explicación singular de cierto hecho que me traía muy atareado.</p> <p><u>Tratábase de</u> la tonsura cuya explicación no <u>encontraba</u>, cuando el doctor <u>vino en mi ayuda con este</u> argumento, que no pretendo discutir:</p> <p>--<u>Vd. sabe, dijo</u>, que las exhalaciones fluídicas del hombre, son percibidas por los sensitivos en forma de resplandores, rojos los que emergen del lado derecho, azulados los que se desprenden del izquierdo. Esta ley es constante, excepto</p>	<p>Paulin? Parece que a causa de una expedición científica con la que procuraba coronar ciertos estudios botánicos aplicados a la medicina. Algunas plantas que por mi intermedio consiguió, entre otras la <i>jarilla</i>, cuyas propiedades emenagogas habíales<sup>68</sup> yo descrito, dieron pie para una súplica que su amabilidad defirió de buen grado. Le pedí autorización para asistir a sus experimentos, siendo testigo de ellos desde entonces.</p> <p>Tenía el doctor en el pasaje X, un laboratorio al cual se llegaba por la sala de consultas. Todos cuantos lo<sup>69</sup> conocieron, recordarán perfectamente este y otros detalles, pues nuestro hombre era tan sabio como franco y no hacía misterio de su existencia. En aquel laboratorio fue donde una noche, hablando con el doctor sobre las prescripciones de rituales que afectan a los cleros de todo el mundo, obtuve una explicación singular de cierto hecho que me traía muy atareado.</p> <p>Comentábamos la tonsura, cuya explicación yo no hallaba, cuando el doctor me lanzó de pronto este argumento que no pretendo discutir:</p> <p>—Sabe usted que las exhalaciones fluídicas del hombre son percibidas por los sensitivos en forma de resplandores, rojos los que emergen del lado derecho, azulados los que se desprenden del izquierdo. Esta ley es constante, excepto</p>
--	--

68 1906: “habiale”

69 1906: “le”

70 1906: “conocerle”

71 En *PL* hay unas anotaciones manuscritas ilegibles, que parecerían ser una inserción de un par de frases nuevas, pero que no parecen haber sido incorporadas en ningún momento.

72 1906: “ya”.

73 1906: “haciendo evaporar”

74 En 1898 no existe esta división entre los dos párrafos.

75 1906: “ya comprende por qué”

76 1906: “comunicados”

77 1906: algún

en los zurdos cuya polaridad se trueca, naturalmente, lo mismo para el sensitivo que para el imán. Algunos días antes de conocerle a Vd. experimentando sobre ese hecho con Antonia, la joven sonámbula que nos sirvió para ensayar el electroide, me encontré en presencia de un hecho que llamó extraordinariamente mi atención. La sensitiva veía desprenderse de mi occipucio un resplandor amarillo, una verdadera llama dorada, que ondulaba alargándose hasta cincuenta centímetros de altura. La persistencia con que la muchacha afirmaba este hecho, me llenó de asombro. No era siquiera admirable una sugestión involuntaria, pues en este género de investigaciones empleo el método del Dr. Luys, hipnotizando únicamente las retinas para dejar libre la facultad racional.

El Dr. se levantó de su asiento y empezó a pasearse por la habitación.

—Lleno de interés ante aquel hecho enteramente nuevo, prosiguió, intenté al otro día una experiencia con diez muchachos pagados al efecto. Antonia no vio en ninguno la misteriosa llama de oro, aunque sí las aureolas ordinarias; mas cuál no sería mi sorpresa al oírla exclamar en presencia del portero, el viejo don Francisco, Vd. sabe, llamado por mí como último recurso «El señor sí la tiene, bien clara, pero menos brillante». Aquella noche me acosté muy preocupado por el extraño fenómeno. La llama de oro jugó en mis sueños un descollante papel, en que las manifestaciones telepáticas se mezclaban Con reminiscencias de las Mil y una Noches... De repente, por ese hábito de discurrir que se adquiere en estudios semejantes, me ocurrió una idea, que ligeramente ridícula primero, no tardó en adquirir carácter aceptable.

Chupó vigorosamente su cigarro y continuó:

en los zurdos cuya polaridad se trueca, naturalmente, lo mismo para el sensitivo que para el imán. Poco antes de conocerlo<sup>70</sup>, experimentando sobre ese hecho con Antonia, la sonámbula que nos sirvió para ensayar el electroide, me hallé en presencia de un hecho que llamó extraordinariamente mi atención. La sensitiva veía desprenderse de mi occipucio una llama amarilla, que ondulaba alargándose hasta treinta centímetros de altura. La persistencia con que la muchacha afirmaba este hecho, me llenó de asombro. No podía siquiera presumir una sugestión involuntaria, pues en este género de investigaciones empleo el método del doctor Luys, hipnotizando solamente las retinas para dejar libre la facultad racional.

El doctor se levantó de su asiento y empezó a pasearse por la habitación.

—Con el interés que se explica ante un fenómeno tan inesperado, ensayé el otro día una experiencia con cinco muchachos pagados al efecto. Antonia no vio en ninguno la misteriosa llama, aunque sí las aureolas ordinarias; mas cuál no sería mi sorpresa al oírla exclamar en presencia del portero, don Francisco, usted sabe, llamado por mí como último recurso: “El señor sí la tiene, clarita pero menos brillante”. Cavilé dos días sobre aquel fenómeno; hasta que de pronto, por ese hábito de no desperdiciar detalle adquirido en semejantes estudios, me ocurrió una idea que, ligeramente ridícula primero, no tardó en volverse aceptable.

Chupó vigorosamente su cigarro y continuó:

—Tengo la costumbre de operar llevando puesto mi gorro de terciopelo, un tez legitimo comprado cuando mi último viaje a Constantinopla. La calvicie me obliga a estas ligeras incorrecciones... Cuando Antonia vio sobre mi cabeza el fulgor amarillo, estaba sin gorro, lo recuerdo perfectamente, me lo había quitado momentos antes por el excesivo calor. No sería tal vez el cabello de los muchachos examinados lo que impedía la emisión de la llama? Según Fugairon, la capa córnea que constituye la epidermis es mala conductora de la electricidad animal; de modo que los cabellos, substancia córnea también tienen idéntica propiedad. Además, el viejo Francisco es calvo como yo, y la coincidencia del fenómeno en ambos fundaba una presunción atendible. Mis investigaciones posteriores confirmaron plenamente la suposición. Ahora comprenderá Vd. la razón de ser de la tonsura: Los sacerdotes primitivos, observaron sobre las cabezas de algunos apóstoles electrógenos, diremos aceptando un término de reciente creación, el resplandor que Antonia percibía sobre las nuestras; el hecho, de Moisés acá, no es raro en las cronologías legendarias. Luego se notaría el obstáculo que formaban los cabellos, y se establecería el hábito de rapar aquel punto del cráneo por donde surgía el resplandor, a fin de que esta manifestación cuyo prestigio sobre las masas debía ser inmenso, se produjera sin inconvenientes. Le parece convincente mi explicación?

—Me parece por lo menos ingeniosa, responda con cierto aire de incredulidad.

—Tengo la costumbre de operar llevando puesto mi fez casero; la calvicie me obliga a esta incorrección... Cuando Antonia vio sobre mi cabeza el fulgor amarillo, estaba sin gorro, habiéndomelo quitado por el excesivo calor. ¿No habría sido el cabello de los muchachos lo que impidió la emisión de la llama? Según Fugairon, la capa córnea que constituye la epidermis es mal conductor de la electricidad animal; de modo que el pelo, sustancia córnea también, posee idéntica propiedad. Además, don Francisco es calvo como yo, y la coincidencia del fenómeno en ambos autorizaba una presunción atendible. Mis investigaciones posteriores la confirmaron plenamente; y ahora comprenderá usted la razón de ser de la tonsura. Los sacerdotes primitivos observarían sobre la cabeza de algunos apóstoles electrógenos, diremos, aceptando un término de reciente creación, el resplandor que Antonia percibía en las nuestras. El hecho, de Moisés acá, no es raro en las cronologías legendarias. Luego se notaría el obstáculo que presentaba el cabello, y se establecería el hábito de rapar aquel punto del cráneo por donde surgía el fulgor, a fin de que este fenómeno, cuyo prestigio se infiere, pudiera manifestarse con toda intensidad. Le parece convincente mi explicación?

—Me parece, por lo menos, tan ingeniosa como la de Volney, para quien la tonsura es el símbolo del sol...

Tenía la costumbre de contradecirlo así, indirectamente, para que llegase hasta el fin en sus explicaciones.

—Podría usted citar, asimismo, la de Brillat-Savarin, según el cual se ha prescrito la tonsura a los monjes para que

No obstante, hay algo más todavía dijo el Doctor animándolo ligeramente. Desde hace mucho tiempo proyectaba una experiencia nueva sobre las emanaciones fluidicas, sobre la *lohé*, para usar la expresión de Reichenbach, su descubridor: quería obtener el espectro de esos fulgores. Lo intenté, haciéndome describir por el sensitivo, minuciosamente, todos los fenómenos...

—Y qué resulta? —pregunté [¿silencioso?], por aquel inesperado giro que constituía toda una revelación.

—Resulta una raya verde en el índigo para la coloración roja, y dos negras en el verde para la azul. En cuanto a la amarilla descubierta por mí... el resultado es extraordinario. Antonia dice ver en el rojo una raya violeta claro.

—Absurdo!...

—Lo que Vd. quiera; pero yo la he presentado un espectro, y ella me ha indicado en él la posición de la raya que ve ó cree ver. Según esos datos y con todas las suposiciones de error posible, creo que esa raya es la núm. 5567. De ser así, habría una identidad curiosa; pues la raya 5567 coincidiría exactamente con la hermosa raya número 4 de la aurora boreal

—Pero, doctor, todo esto es fantasía pura!

—exclamé alarmado por aquellas ideas vertiginosas.

—No, mi querido amigo, eso significaría sencillamente que el polo es el occipucio del planeta.

Mucho tiempo después de la conversación que acabo de referir y cuya última frase concluyó entre la más afable sonrisa del Dr. Paulin, este me leyó una tarde, entusiasmado, las primeras noticias sobre la licuación del hidrógeno efectuada por James Dewar el de mayo del corriente año, y el descubrimiento hecho algunos

tengan fresca la cabeza —replicó el doctor entre picado y sonriente.

No obstante,<sup>71</sup> hay algo más, prosiguió animándose. Desde mucho tiempo antes proyectaba una experiencia sobre esas emanaciones fluidicas, sobre la *lohé*, para usar la expresión de Reichenbach, su descubridor: quería obtener el espectro de esos fulgores. Lo intenté, haciéndome describir por la sensitiva, minuciosamente, todos los fenómenos...

—...Y qué resulta? —pregunté entusiasmado.

—Resulta una raya verde en el índigo para la coloración roja, y dos negras en el verde para la coloración azul. En cuanto a la amarilla descubierta por mí, el resultado es extraordinario. Antonia dice ver en el rojo una raya violeta claro.

—Absurdo!

—Lo que usted quiera; pero yo<sup>72</sup> le he presentado un espectro, y ella me ha indicado en él la posición de la raya que ve o cree ver. Según estos datos, y con todas las suposiciones de error posible, creo que esa raya es la número 5567. De ser así, habría una identidad curiosa; pues la raya 5567 coincidiría exactamente con la hermosa raya número 4 de la aurora boreal...

—Pero, doctor, todo esto es fantasía pura!

—exclamé alarmado por aquellas ideas vertiginosas.

—No, amigo mío. Esto significaría sencillamente que el polo es algo así como la coronilla del planeta.

Poco después de la conversación que he referido y cuya última frase concluyó entre la más afable sonrisa del doctor Paulin, éste me leyó una tarde, entusiasmado, las primeras noticias sobre la licuación del hidrógeno efectuada por Dewar en mayo de aquel año, y sobre el descubrimiento hecho algunos días después por Travers y

días después por M. M. William Ramsay y Morris W. Travers, de tres elementos nuevos en el aire atmosférico: el kryhon, el neón y el metargón, precisamente aplicado el procedimiento de licuación de los gases; y a propósito de estos hechos recuerdo aún la frase de mi [¿informado?] amigo:

—No; no es posible que yo muera sin dejar mi nombre ligado a uno de estos descubrimientos que son la gloria de una vida. Mañana mismo continuaré mis experiencias.

Ay! Aquel noble [¿entusiasmo?] Debía ser coronado por el más lamentable de los éxitos!

Desde el siguiente día el Dr. Paulin, se puso a trabajar con actividad extraordinaria. Era casi imposible hablarle, pues no recibía ni a clientes ni a sus íntimos. Había transcurrido un mes, cuando cierta mañana conseguí verle por fin. Me recibió tan jovial como siempre, deshaciéndose en disculpas por su misteriosa reclusión.

-No, doctor, decía yo, no tiene Vd. de que disculparse, y sus [¿negativas?] de recibir son perfectamente explicadas. Quien debe pedir perdón en este caso, soy yo por mis cargosas insistencias. Si no los [¿disculpara?] ante el Dr. Paulin una curiosidad tan [¿impetuosa?] como legítima.

Mi interlocutor amaba el entusiasmo como todos los desinteresados, así es que las anteriores palabras le causaron visible alegría.

-Con que, mucha curiosidad, eh?

--Inmensa doctor, después de lo que he visto en su laboratorio, después del *espejo negro* y del *telectrósopo*, imagínese usted. Esto sin contar, añadí evocando por

Ramsay, de tres elementos nuevos en el aire: el kriptón, el neón y el metargón, aplicando precisamente el procedimiento de licuación de los gases; y a propósito de estos hechos recuerdo aún su frase de labor y de combate:

—No; no es posible que yo muera sin ligar mi nombre a uno de estos descubrimientos, que son la gloria de una vida. Mañana mismo continuaré mis experiencias.

Desde el siguiente día púsose a trabajar, en efecto, con ardor febril; y aunque yo debía estar curado de asombro ante sus éxitos, no pude menos de estremecerme cuando una tarde me dijo con voz tranquila:

primera vez el incidente, la espectoscopia de las luces ódicas, y sobre todo aquella legendaria ya violeta...

Una repentina gravedad se transparente sobre la fisonomía del doctor.

-Creerá Vd. me respondió con voz tranquila que yo mismo, con mis ojos, ha visto esa raya, anteayer en el espejo del neón?

—¿De veras? —dije con evidente descortesía.

—De veras. Creo que esa raya me ha puesto en el camino de algún descubrimiento notable. Pero a fin de satisfacer su curiosidad, es preciso que le narre sucintamente mis investigaciones últimas.

Agradecí calurosamente y me dispuse a escuchar con avidez.

El doctor empezó:

—Aunque las noticias sobre la licuación del hidrógeno eran harto breves, mis conocimientos en la materia me permitieron completarlas, bastándome modificar el aparato de Olzewski, que uso en la preparación del aire líquido después, aplicando el principio de la destilación fraccionada, obtuve, como Ramsay y Travers, los espectros del *kriptón*, el *neón* y el *metargón*. Ocurrióseme en seguida extraer estos cuerpos por si aparecía algún espectro nuevo en el residuo, y efectivamente, cuando ya no quedó más que neón, vi aparecer la raya mencionada anteriormente.

—Y cómo se opera la extracción?

—Haciendo evaporar lentamente el aire líquido, y recogiendo en un recipiente el gas desprendido por esa evaporación. Si tuviera aquí una máquina Linde, que me suministraría 60 kilogramos de aire líquido por hora, podría operar en grande escala; mas he debida contentarme con una producción de 800 centímetros

—¿Creerá usted que he visto con mis propios ojos esa raya en el espectro del neón?

—De veras? —dije con evidente descortesía.

—De veras. Creo que la tal raya me ha puesto en buen camino. Pero a fin de satisfacer su curiosidad, me es menester hablarle de ciertas indagaciones que he mantenido reservadas.

Agradecí calurosamente y me dispuse a oír con avidez.

El doctor empezó:

—Aunque las noticias sobre la licuación del hidrógeno eran harto breves, mis conocimientos en la materia me permitieron completarlas, bastándome modificar el aparato de Olzewski, que uso en la preparación del aire líquido. Aplicando después el principio de la destilación fraccionada, obtuve, como Travers y Ramsay, los espectros del *kriptón*, el *neón* y el *metargón*. Dispuse luego extraer estos cuerpos, por si aparecía algún espectro nuevo en el residuo, y efectivamente, cuando ya no quedó más, vi aparecer la raya mencionada.

—Y cómo se opera la extracción?

—Evaporando<sup>73</sup> lentamente el aire líquido, y recogiendo en un recipiente el gas desprendido por esa evaporación. Si tuviera aquí una máquina Linde que me suministrara sesenta kilogramos de aire líquido por hora, podría operar en gran escala; pero he debido contentarme con una producción de ochocientos

cúbicos, que me basta.

Obtenido el gas en el recipiente, lo trato por el cobre calentado para retirar el oxígeno, y por una mezcla de cal y magnesio para absorber el ázoe. Queda, pues, aislado el argón, y entonces es cuando aparece la doble raya verde del *kriptón*, descubierta por Ramsay. Licuando el argón aislado, y sometiéndolo a una evaporación lenta, los productos de la destilación suministran en el tubo de Geissler una luz rojo-anaranjada, con nuevas rayas, que por la interposición de una botella de Leyden aumentan, caracterizando el espectro del *neón*. Si la destilación se prosigue, obtiénese un producto sólido de evaporación muy lenta, cuyo espectro se caracteriza por dos líneas, una verde y la una amarilla, siendo el espectro del metargón o eosium, según propone Berthelot. Hasta aquí, es todo lo que se sabe.

—Y la raya violeta?

—Vamos a verla dentro de algunos instantes. Sepa usted, entretanto, que para llegar a resultados iguales yo procedo de otro modo. Absorbo el oxígeno y el *ázo*e por medio de las substancias indicadas; luego el *argón* y el *metargón* con hiposulfito de soda; el *kriptón* en seguida con fosfuro de zinc, y por último el *neón* con ferrocianuro de potasio. Este método es empírico pero seguro. Queda todavía en el recipiente un residuo comparable a la escarcha, que se evapora con suma lentitud. El gas resultante es mi descubrimiento.

Me incliné ante aquellas palabras solemnes.

—He estudiado sus constantes físicas, llegando a determinar algunas. Su densidad es de 25,03, siendo la del oxígeno, como se sabe, de 16. He determinado también la longitud de la onda sonora en ese fluido, y el número encontrado, permitiéndome evaluar la relación de los calores específicos, me ha

centímetros cúbicos.<sup>74</sup>

Obtenido el gas en el recipiente, lo trato por el cobre calentado para retirar el oxígeno, y por una mezcla de cal con magnesio para absorber el ázoe. Queda, pues, aislado el argón; y entonces es cuando aparece la doble raya verde del *kriptón*, descubierta por Ramsay. Licuando el argón aislado, y sometiéndolo a una evaporación lenta, los productos de la destilación suministran en el tubo de Geissler una luz rojo-anaranjada, con nuevas rayas, que por la interposición de una botella de Leyden aumentan, caracterizando el espectro del *neón*. Si la destilación prosigue, se obtiene un producto sólido de evaporación muy lenta, cuyo espectro se caracteriza por dos líneas, una verde y la otra amarilla, denunciando la existencia del metargón o eosium, según propone Berthelot. Hasta aquí, es todo lo que se sabe.

—Y la raya violeta?

—Vamos a verla dentro de algunos instantes. Sepa usted, entretanto, que para llegar a resultados iguales yo procedo de otro modo. Retiro el oxígeno y el *ázo*e por medio de las sustancias indicadas; luego el argón y el metargón con hiposulfito de soda; el *kriptón* en seguida con fosfuro de cinc, y por último el *neón* con ferrocianuro de potasio. Este método es empírico. Queda todavía en el recipiente un residuo comparable a la escarcha, que se evapora con suma lentitud. El gas resultante es mi descubrimiento.

Me incliné ante aquellas palabras solemnes.

—He estudiado sus constantes físicas, llegando a determinar algunas. Su densidad es de 25,03, siendo la del oxígeno de 16, como es sabido. He determinado también la longitud de la onda sonora en ese fluido y el número encontrado, permitiéndome evaluar la relación de los calores específicos, que me

indicado que es monoatómico. Pero el resultado sorprendente es su espectro, caracterizado por una raya violeta en el rojo, la raya 5567, coincidente con la núm 4 de la aurora boreal, la misma que presentaba el fulgor amarillo percibido por Antonia sobre mi cabeza!

Anonadado ante aquella maravillosa coincidencia, deje escapar esta interrogación inocente:

—Y qué será ese cuerpo, doctor?

Con gran sorpresa mía note que el sabio se sonrió satisfecho.

—Ese cuerpo... hum! Ese cuerpo bien podría ser pensamiento volatilizado.

Di un salto en la silla, pero el doctor me impuso silencio con un ademán.

—Por qué no? —siguió diciendo; el cerebro radia pensamiento en forma de fuerza mecánica, habiendo grandes probabilidades de que lo haga también [¿en forma fluidica?]. La llama amarilla no sería en este caso más que el producto de la combustión cerebral, y la analogía de su espectro con el del fluido que he descubierto, me hace creer que se trata de una sustancia idéntica. ]. Figúrese Vd. por el [ilegible] y consumo de pensamiento diario, la enorme irradiación que debe producirse para conservar el equilibrio. He ahí millones de [¿toneladas?] de energía que el hombre aprovechara beneficiándose. Qué se harían, en efecto, los pensamientos inútiles o extraños, las creaciones de los imaginativos, los éxtasis de los místicos, los ensueños de los histéricos, los proyectos de los ilógicos, todas esas fuerzas cuya acción no se manifiesta por falta de aplicación inmediata? Los astrólogos decían que los pensamientos viven en la luz astral, como fuerzas latentes susceptibles de actuar en

ha indicado que es monoatómico. Pero el resultado sorprendente está en su espectro, caracterizado por una raya violeta en el rojo, la raya 5567 coincidente con la número 4 de la aurora boreal, la misma que presentaba el fulgor amarillo percibido por Antonia sobre mi cabeza.

Ante tal afirmación, dejé escapar esta pregunta inocente:

—Y qué será ese cuerpo, doctor?

Con gran sorpresa mía, el sabio sonrió satisfecho.

—Ese cuerpo... hum! Ese cuerpo bien podría ser pensamiento volatilizado.

Di un salto en la silla, pero el doctor me impuso silencio con un ademán.

—Por qué no? —siguió diciendo—. El cerebro irradia pensamiento en forma de fuerza mecánica, habiendo grandes probabilidades de que lo haga también en forma fluidica. La llama amarilla no sería en este caso más que el producto de la combustión cerebral, y la analogía de su espectro con el de la sustancia descubierta por mí me hace creer que sean algo idéntico. Figúrese, por el consumo diario de pensamiento, la enorme irradiación que debe producirse. ¿Qué se harían, efectivamente, los pensamientos inútiles o extraños, las creaciones de los imaginativos, los éxtasis de los místicos, los ensueños de los histéricos, los proyectos de los ilógicos, todas esas fuerzas cuya acción no se manifiesta por falta de aplicación inmediata? Los astrólogos decían que los pensamientos viven en la luz astral, como fuerzas latentes susceptibles de actuar en determinadas condiciones. ¿No sería esto una intuición del fenómeno que la ciencia está en camino de descubrir? Por lo demás, el pensamiento como entidad psíquica es

determinadas condiciones. No sería esto una intuición del fenómeno que la ciencia está en camino de descubrir? Nada se extingue, esta es la suprema verdad y el pensamiento como todo debe ingresar al reservo común cuando se encuentra libre. No sucede lo mismo con la electricidad y el vapor?

A horcajadas en su teoría, el Dr. lanzábase audazmente por las vertiginosas regiones de la regeneración atómica, desarrollando una temible lógica, a la que yo intentaba resistir en vano.

—He dado a mi cuerpo el nombre de *Psychon* prosiguió; ya comprende Vd. por qué. Mañana intentaremos una experiencia curiosa; licuaremos el pensamiento. (El doctor me agregaba, como se ve, a sus investigaciones, y me guardé bien de rehusar.) Después calcularemos si es posible realizar su oclusión en algún metal, y acuñaremos medallas psíquicas: medallas de genio, de poesía, de audacia, de tristeza... Luego determinaremos su sitio en la atmósfera, llamando *psicósfera*, si se permite a la capa correspondiente... Hasta mañana a las dos, entonces, y veremos lo que resulta de todo esto.

A las dos en punto, del día siguiente, estábamos dispuestos.

El doctor me enseñó su nuevo aparato. Consistía en tres espirales concéntricas formadas cada una por un tubo de cobre y comunicadas entre sí. El gas desembocaba en la espiral exterior, bajo una presión de 643 atmósferas, y una temperatura de  $-136^{\circ}$  obtenida por la evaporación del etileno líquido según el sistema circulatorio de Pictet; recorriendo las otras dos serpentinas, iba a distenderse en la extremidad inferior de la espiral interna, y atravesando sucesivamente los compartimientos anulares en que se encontraban aquéllas, desembocaba cerca

inmaterial; pero sus manifestaciones deben de ser fluídicas, y esto es quizá lo que he llegado a obtener como un producto de laboratorio.

A horcajadas en su teoría, el doctor lanzábase audazmente por aquellas regiones, desarrollando una temible lógica, a la que yo intentaba resistir en vano.

—He dado a mi cuerpo el nombre de *Psychon*, concluyó: ya comprende Vd. por qué<sup>75</sup>. Mañana intentaremos una experiencia: licuaremos el pensamiento. (El doctor me agregaba, como se ve, a sus experimentos, y me guardé bien de rehusar.) Después calcularemos si es posible realizar su oclusión en algún metal, y acuñaremos medallas psíquicas. Medallas de genio, de poesía, de audacia, de tristeza... Luego determinaremos su sitio en la atmósfera, llamando “*psicósfera*”, si se permite la expresión, a la capa correspondiente... Hasta mañana a las dos, entonces, y veremos lo que resulta de todo esto.

A las dos en punto estábamos en obra.

El doctor me enseñó su nuevo aparato. Consistía en tres espirales concéntricas formadas por tubos de cobre y comunicadas<sup>76</sup> entre sí. El gas desembocaba en la espiral exterior, bajo una presión de seiscientos cuarenta y tres atmósferas, y una temperatura de  $-136^{\circ}$  obtenida por la evaporación del etileno según el sistema circulatorio de Pictet; recorriendo las otras dos serpentinas, iba a distenderse en la extremidad inferior de la espiral interna, y atravesando sucesivamente los compartimientos anulares en que se encontraban aquéllas,

de su punto de partida en el extremo superior de la segunda. El aparato medía en conjunto 0.70 m. de altura por m 0.175 de diámetro. La distensión del fluido compresionado ocasionaba el descenso de temperatura requerido para su licuación, por el método llamado de la cascada, también del profesor Raul Pictet.

La experiencia comenzó, previos los trámites del caso que sólo interesarían a los profesionales, siendo por ello suprimidos.

Mientras el doctor operaba, yo me disponía a escribir los resultados que me dictase, en un formulario con encabezamiento rojo.

Doy a continuación esas anotaciones tal como se redactaron, en gracia de la precisión indispensable.

Decía el doctor:

«Cuando la distensión llega a 400 atmósferas, se obtiene una temperatura de  $-237^{\circ}3$  y el fluido desemboca en un vaso de dobles paredes separadas por un espacio vacío de aire; la pared interior está plateada para impedir los aportes de calor por convexidad y por radiación»

«El producto es un líquido transparente e incoloro que presenta cierta analogía con el alcohol.»

«Las *constantes críticas* del *Psychon* son, pues, 400 atmósferas y  $-237^{\circ}3$ .»

«Ven hilo de platino cuya resistencia es de 5.038 ohms en el hielo fundente, no presenta más que una resistencia de 0,119 ohms en el *Psychon* hirviendo; la ley de variación de la resistencia de este hilo, con la temperatura, me permite fijar la de la ebullición del *Psychon* en  $-265^{\circ}$ .»

—Sabe Vd. lo que quiere decir esto? — me preguntó, suspendiendo bruscamente el dictado.

desembocaba cerca de su punto de partida en el extremo superior de la segunda. El aparato medía en conjunto 0m70 de altura por 0m175 de diámetro. La distensión del fluido comprimido ocasionaba el descenso de temperatura requerido para su licuación, por el método llamado de la cascada, también perteneciente al profesor Pictet.

La experiencia comenzó, previos los trámites del caso que sólo interesarían a los profesionales, siendo por ello suprimidos.

Mientras el doctor operaba, yo me disponía a escribir los resultados que me dictase, en un formulario. Doy a continuación esas anotaciones tal como las redactó, en gracia de la precisión indispensable.

Decía el doctor:

“Cuando la distensión llega a cuatrocientas atmósferas, se obtiene una temperatura de  $-237^{\circ}3$  y el fluido desemboca en un vaso de dobles paredes separadas por un espacio vacío de aire; la pared interior está plateada, para impedir aportes de calor por convexión o por irradiación”.

“El producto es un líquido transparente e incoloro que presenta cierta analogía con el alcohol.”

“Las constantes críticas del *psychon* son, pues, cuatrocientas atmósferas y  $-237^{\circ}3$ .”

“Un hilo de platino cuya resistencia es de 5038 ohms en el hielo fundente no presenta más que una de 0,119 en el *psychon* hirviendo. La ley de variación de la resistencia de este hilo con la temperatura me permite fijar la de la ebullición del *psychon* en  $-265^{\circ}$ .”

—¿Sabe usted lo que quiere decir esto? — me preguntó, suspendiendo bruscamente el dictado.

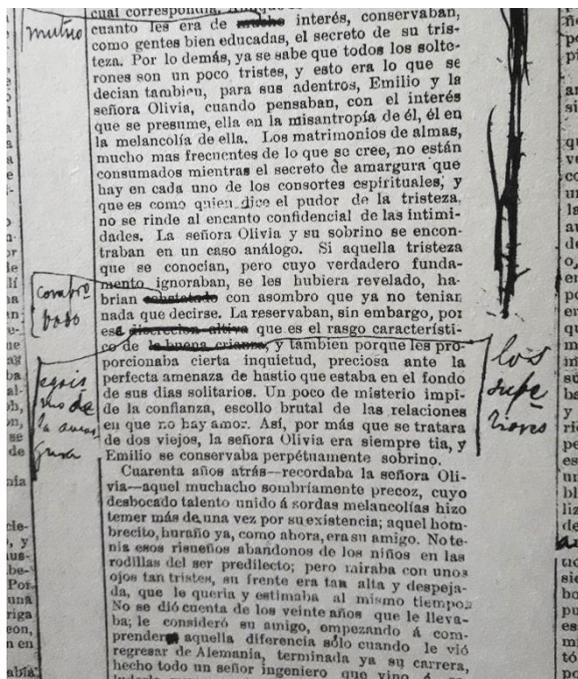
<p>No le respondí; la situación era demasiado <u>angustiosa</u>.</p> <p>—Esto quiere decir, prosiguió como hablando consigo mismo, que ya no estaríamos más que a <u>cinco</u> grados del cero absoluto!</p> <p>Yo me había levantado y con la ansiedad que es de suponerse examinaba el líquido cuyo menisco se destacaba claramente en el vaso. El pensamiento...! El cero absoluto!... Vagaba con cierta lúcida embriaguez en el mundo <u>ideal</u> de las temperaturas imposibles. Si pudiera traducirse, pensaba, qué diría este poco de agua clara que tengo ante mis ojos? Qué oración pura de niño, qué [<u>¿deseo?</u>] criminal, qué proyecto de [<u>ilegible</u>] <u>estará aprisionado en el fondo de este recipiente?</u> O quizá alguna malograda creación de arte, algún descubrimiento <u>colosal</u> perdido en las <u>obscuridades</u> del ilogismo?...</p> <p>El doctor, entretanto, presa de una emoción que en vano intentaba reprimir, medía el aposento a grandes pasos. Por fin se aproximó al aparato diciendo:</p> <p>—El experimento está concluido. <u>Vamos a romper el vaso para que este líquido pueda escapar evaporándose.</u> Quién sabe si al retenerlo no causamos la <u>desesperación</u> de alguna alma.</p> <p><u>Ya no me extrañaban aquellas suposiciones singulares. Lo que acababa de ver era tan maravilloso que desorientaba por completo mis ideas.</u></p> <p>Practicóse un agujero en la pared superior del <u>recipiente</u>, y el líquido empezó a descender, mientras el ruido mate de un escape se percibía distintamente.</p> <p><u>De pronto un hedor insoportable se esparció por la habitación, un olor que no se parecía a nada conocido, pero que superaba en repugnancia a todas las</u></p>	<p>No le respondí; la situación era demasiado grave.</p> <p>—Esto quiere decir, prosiguió como hablando consigo mismo, que ya no estaríamos más que a ocho grados del cero absoluto.</p> <p>Yo me había levantado, y con la ansiedad que es de suponer examinaba el líquido cuyo menisco se destacaba claramente en el vaso. El pensamiento!... El cero absoluto!... Vagaba con cierta lúcida embriaguez en el mundo de las temperaturas imposibles. Si pudiera traducirse, pensaba, ¿qué diría este poco de agua clara que tengo ante mis ojos? Qué oración pura de niño, qué intento criminal, qué proyectos estarán encerrados en este recipiente? ¿O quizá alguna malograda creación de arte, algún descubrimiento perdido en las oscuridades del ilogismo?...</p> <p>El doctor, entretanto, presa de una emoción que en vano intentaba reprimir, medía el aposento a grandes pasos. Por fin se aproximó al aparato diciendo:</p> <p>—El experimento está concluido. Rompamos ahora el recipiente para que este líquido pueda escapar evaporándose. Quién sabe si al retenerlo no causamos la congoja de alguna<sup>77</sup> alma...</p> <p>Practicóse un agujero en la pared superior del vaso, y el líquido empezó a descender, mientras el ruido mate de un escape se percibía distintamente.</p> <p>De pronto noté en la cara del doctor una expresión sardónica enteramente fuera de las circunstancias; y casi al mismo tiempo, la idea de que sería una inconveniencia</p>
---	---

<p><u>cadaverinas imaginables.</u></p> <p><u>--El olor del pensamiento, dijo el Doctor, dirigiéndose al vaso cuyo contenido disminuía con rapidez.</u></p> <p><u>Vi que colocaba su pañuelo doblado en el agujero por donde se efectuaba el escape para impregnarlo de fluido, y que lo aproximaba a su nariz...</u></p> <p><u>Instantáneamente, sin exhalar un grito ¿cayo? todo rígido sobre el pavimento desnudo. Corrí en su auxilio. Un temblor espantoso sacudía sus miembros. Desesperado, sin saber que hacer, intenté levantarle en peso.</u></p> <p><u>--Es inútil, dijo con voz debilitada como un soplo. He respirado la muerte, y me voy, me voy sin remedio.</u></p> <p><u>El instinto del experimentador se sobrepuso a las torturas de aquella agonía horrible, y por entre sus dientes apretados oí salir esta advertencia suprema:</u></p> <p><u>— Añada usted que <i>Psychon</i> es el más violento de los venenos.</u></p>	<p>estúpida saltar por encima de la mesa acudió a mi espíritu; mas, apenas lo hube pensado, cuando ya el mueble pasó bajo mis piernas, no sin darme tiempo para ver que el doctor arrojaba al aire como una pelota su gato, un siamés legítimo, verdadera niña de sus ojos. El cuaderno fue a parar con una gran carcajada en las narices del doctor, provocando por parte de éste una pirueta formidable en honor mío. Lo cierto es que durante una hora estuvimos cometiendo las mayores extravagancias, con gran estupefacción de los vecinos a quienes atrajo el tumulto y que no sabían cómo explicarse la cosa. Yo recuerdo apenas que, en medio de la risa, me asaltaban ideas de crimen entre una vertiginosa enunciación de problemas matemáticos. El gato mismo se mezclaba a nuestras cabriolas con un ardor extraño a su apatía tropical, y aquello no cesó sino cuando los espectadores abrieron de par en par las puertas; pues el pensamiento puro que habíamos absorbido era seguramente el elixir de la locura.</p> <p>El doctor Paulin desapareció al día siguiente, sin que por mucho tiempo me fuese dado averiguar su paradero.</p> <p>Ayer, por primera vez, me llegó una noticia exacta. Parece que ha repetido su experimento, pues se encuentra en Alemania en una casa de salud.</p>
--	--

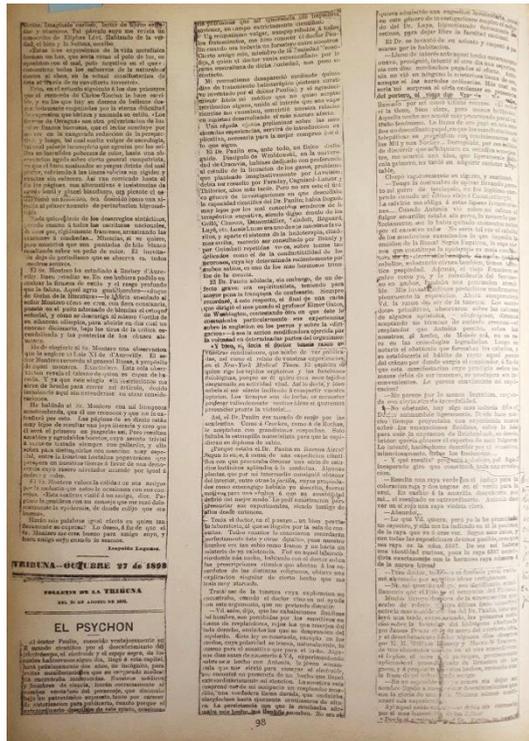




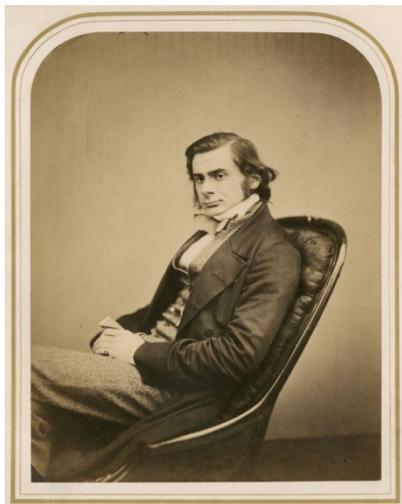
3.Imagen de “Abuela Julieta”, en la reproducción de Lugones (hijo), p. 100.



4.Imagen de “Abuela Julieta”, en la reproducción de Lugones (hijo), p. 100.



5. Imagen de "El psychon", en la reproducción de Lugones (hijo), pp. 98-99.



6. Thomas H. Huxley hacia 1857. El retrato procede y es propiedad legal de la National Protrait Gallery de Londres, de 1857; fue reproducido en algunas ediciones de la *Doctrina Secreta* de Blavatsky (ej. Blavatsky 1978-79, I, 133).



GIBBON.

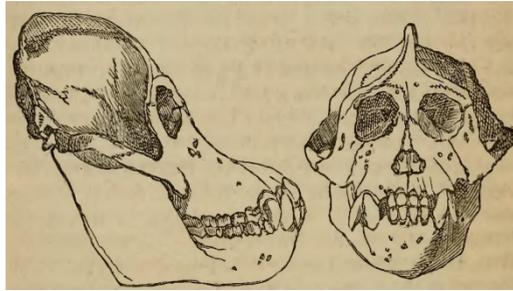
ORANG.

Skeletons of the  
CHIMPANZEE.

GORILLA.

MAN.

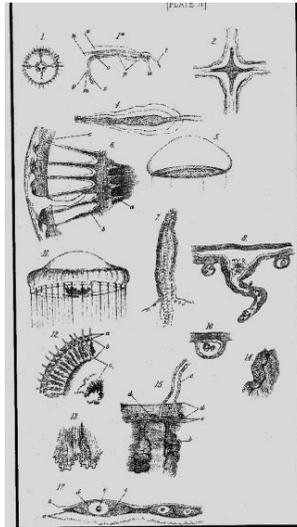
*Photographically reduced from Diagrams of the natural size (except that of the Gibbon, which was twice as large as drawn by Mr. Waterhouse Hawkins from specimens in the Museum of the Royal College of Surgeons.*



8. Ilustración para *Man's Place in Nature*, el libro de Huxley (1863).



9. Thomas H. Huxley, hacia 1861, impartiendo una clase; el original se conserva en la Wellcome Institute Library de Londres. El final del cuento “Un fenómeno inexplicable” recuerda a esta imagen: “Ambos palidecimos de una manera horrible. Allí ante nuestros ojos, la raya de lápiz trazaba un frente deprimida, una nariz chata, un hocico bestial. ¡El mono! ¡La cosa maldita!”.



10. Ilustración del propio Huxley, para su tratado *On the Affinities of the Family of the Medusae* (1849).

### Referencias bibliográficas

- Berg, Mary G., “Para la bibliografía de Lugones”, *Hispanic Review*, 36(4), 1968, pp. 353-357.
- Bertrand, Aloysius. *Gaspard de la Nuit*. Paris: Binceourde, 1868.
- Blavatsky, Helena P. *The Secret Doctrine*. Madras/Londres: The Theosophical Publishing House, 1978/1979. Vols.
- Castro, Andrea, “La ciencia en el fantástico ambiguo: 'Un fenómeno inexplicable', de Leopoldo Lugones”, *RILCE*, 19(2), 2003, pp. 193-204.
- Chapple, John A.V. *Science and Literature in the Nineteenth Century*. Londres: MacMillan, 1986.
- Ciruti, John, “Leopoldo Lugones: The Short Stories”, *Revista Interamericana de Bibliografía/Review of Inter-American Bibliography*, 25(2), 1975, pp.139-149.
- Corvalán, Octavio, “Las presuntas fuentes científicas de 'Yzur'”, *Estafeta Literaria*, 1981, pp. 59-62.
- Dabove, Juan Pablo, “La cosa maldita!: Leopoldo Lugones y el gótico imperial”, *Revista Iberoamericana*, 75 (228), 2009, pp. 773-792.
- Fletcher, Glynn L. *El cuento modernista en revistas y diarios argentinos: 1890-1910*. Lubbock: Texas Tech University. Dissertations, 1981.
- Hewitt, Sandra, “Leopoldo Lugones and Theosophy: a Study of Sources and Influences in 'Las fuerzas extrañas'”, Cambridge: Harvard (Dissertations), 1979.
- Huxley, Thomas Henry. *Lectures and Lay Sermons*. Londres: Dent and Sons, 1910.
- Man's Place in Nature*. Ann Arbor: University of Michigan, 1959.
- Lermon, M. *Contribución a la bibliografía de Leopoldo Lugones*. Buenos Aires: Maru, 1969.
- Lugones, Leopoldo, “Nuestras ideas estéticas”, *Sophia*, X, 1902, pp. 173-183
- Las fuerzas extrañas*. Buenos Aires: Moen y Hemano, 1906.
- Las fuerzas extrañas*. Buenos Aires: M. Gleizer, 1926.

- Las fuerzas extrañas*. Ed. de P.L. Barcia. Buenos Aires: Ediciones del 80, 1981.
- Lunario sentimental*. Ed. de J. Benítez. Madrid: Cátedra, 1994.
- Las fuerzas extrañas*. Ed. de A. García Ramos. Madrid: Cátedra, 1996.
- Lugones, Lugones (hijo). *Las primeras letras de Leopoldo Lugones: reproducción facsimilar de sus primeros trabajos literarios, escritos entre sus dieciocho y veinticinco años*. Buenos Aires: Centurión, 1963.
- Lyons, Sherry L. *Thomas Henry Huxley. The Evolution of a Scientist*. Amherst: Prometheus Books, 1999.
- Martínez, José M., “La arquitectura de *Las fuerzas extrañas*, de Leopoldo Lugones: analogía universal y taxonomías de lo fantástico”, *Bulletin of Hispanic Studies*, vol. 96, núm. 5, 2019, pp. 533-552.
- Quereillac, Soledad. *Cuando la ciencia despertaba fantasías: prensa, literatura y ocultismo en la Argentina de entresiglos*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2016.
- Rodríguez, Fermín Adrián, “Nacionalidad forzada. Leopoldo Lugones, entre la tradición del espíritu y la herencia del monstruo”, *Revista Iberoamericana* LXXV: 227 (2009), pp. 375-397.
- Ruiz Barrionuevo, Carmen, “‘Las fuerzas extrañas’, de Leopoldo Lugones”, en E. Pupo-Walker. *El cuento hispanoamericano*. Madrid: Castalia, 1995, pp. 171-190.
- Shafer, Robert. *Christianity and Naturalism. Essays in Criticism*. New Haven: Yale University Press, 1926.
- Todorov, Tzvetan. *The Fantastic. A Structural Approach to a Literary Genre*. Ithaca: Cornell UP, 1975.
- Ward, Thomas H. *History of the Atheneum 1824-1924*. London: Atheneum, 1926.